



**NACIÓN ASTURIANA: SOBERANÍA Y MARXISMO**

Carlos X. Blanco.

1. *España: es un estado colonialista.* El estado español, en coordinación con la UE y otros estados “de nuestro entorno”, no ha dudado en echar basura y tierra encima de las reivindicaciones nacionales internas, por medio de la difusión de discursos anti-nacionalistas, tales como que “las fronteras ya están dejando de tener sentido”, “la globalización económica es el fin de las banderas y de los apegos a la territorialidad”, etc. En el caso asturiano, país que sigue siendo emisor de emigrantes, estos discursos lanzados desde el estado español y sus instituciones regionales-sucursales tienen visos de ser más sangrantes y ofensivos. Se invita a los asturianos a salir al exterior del país, a salir a buscar trabajo en España o en Europa bajo el rótulo oficial de “movilidad”. Los políticos españoles en el poder, incluyendo los socialistas que gobiernan Asturias como una colonia, sostienen enérgicamente que hay que olvidarse de sentimentalismos territoriales, y que hay que participar de la movilidad laboral, tónica del capitalismo global y sin fronteras de hoy. Pero al mismo tiempo, y esto resulta paradójico cuando menos, esos mismos gobernantes apoyan y promueven medidas de protección estatal de fronteras cada vez más duras y expeditivas. ¿Así que no hay ya fronteras laborales? ¡Que se lo pregunten a los africanos baleados ante las vallas, cada vez más altas, de Ceuta y Melilla! ¡Que se lo pregunten a los africanos que cruzan el mar para llegar a Canarias! Es evidente que la emigración se hace en condiciones distintas desde África que desde Asturias. Ni las necesidades ni la situación vital de partida son las mismas. Pero España, así como la UE, siguen siendo instituciones rígidamente territoriales, las más “nacionalistas” y las más “excluyentes” en términos etnicistas, territoriales y

racistas. España y la UE son superestructuras que se atreven a descalificar o a ignorar a las naciones pequeñas que pretenden desvincularse de los imperios coloniales a las que están sujetos, precisamente acusándoles de unos crímenes que solo han cometido las instituciones que poseen y defienden fronteras a sangre y fuego, comenzando por el Estado de España. Pues su objetivo sigue siendo estratificar la mano de obra, como medio de asegurarse plusvalías suculentas.

2. *El invento de España ¿Existe España?* Como *estado* sí: todos sabemos de su existencia. La última ratio es su poder coercitivo, esto es, el uso de la fuerza violenta y del derecho penal en caso de verse amenazada esa entidad (institucional, jurídica) tanto por enemigos internos como externos. La pregunta complicada de responder es si existe una *nación* española. La existencia de las naciones, inevitablemente, se mueve en dos planos, al menos: el subjetivo y el objetivo. En el plano subjetivo, fundamentalmente manejado en las encuestas sociológicas, se hace referencia a los sentimientos. Creo que en una democracia los sentimientos son libres y respetables. Los ciudadanos del estado español que no se sienten españoles deben respetar a los que sí poseen este sentimiento. Y viceversa. Es cierto que, según las coyunturas históricas se dan graves asimetrías o descompensaciones en esos sentimientos. También me parece que en este estado, la palabra “respeto” resulta desconocida en el acervo de muchos energúmenos de cualquier signo.

Pero, por más que la cuestión de los sentimientos aflore inevitablemente en la discusión sobre los nacionalismos, y por más que los sentimientos se traduzcan muy pronto en pasiones, incluso en pasiones violentas, no es esta la cuestión fundamental. Las naciones tienen que existir más allá de los sentimientos de quienes las aman, defienden, etc. Las naciones deben tener una cierta existencia objetiva. ¿De dónde, de qué caudal de datos procederá esa objetividad? Para mí no caben dudas. De la historia. La historia de los pueblos es la matriz de donde se pueden singularizar determinados componentes étnicos, lingüísticos, estéticos, etc., que sirven para una posible diferenciación ulterior. Es a la historia a la que hay que interrogar radicalmente, y no a éstos, por muy importantes que aparezcan o se resalten en una coyuntura dada.

La coyuntura política del presente es la de una profunda crisis del españolismo o nacionalismo español. No se puede dudar que éste es el “favor” que Franco ha brindado a las naciones oprimidas y encarceladas dentro de un estado de factura unitaria y blindada. Tan odioso fue a la mayoría aquel estado nacionalista castizo, españolista, centralista, opresor, y –en suma- fascista, que los sentimientos reprimidos de una buena masa de ciudadanos, especialmente de los que nos hemos criado en una “periferia” se volcó hacia una entidad nacional diferente. Aquella que Franco y su ejército de maestros e ideólogos llamaban “región” o “patria chica”.

Las naciones integradas en el Estado Español volvieron a recobrar su historia, y repito que la historia es el caudal de sentimientos. Los ritmos de este despertar son muy dispares. Al advenimiento de la democracia y del estado de las autonomías, se quiso establecer el cupo según el cual se mantenía qué “nacionalidades” (eufemismo de “naciones”, ya difícilmente sostenible) habría tres en España: Catalana, Vasca, Gallega. Imposible va a ser no aumentar en el futuro el cupo de naciones históricas y con trayectoria etnolingüística propia. Pienso en la mía –Asturies-, pienso en Aragón, pienso en los Países Catalanes, Andalucía, etc. (perdónenme las omisiones). Esto va a ser así,

pues es la Caja que se abrió después de tanta opresión centralista, no sólo del franquismo sino ya de los Austrias y los Borbones, y que no fue una Caja de Pandora sino una Caja llena de posibilidades, de Futuro. Que las aspiraciones nacionales vasca y catalana fueran fuertes y algún día se vean satisfechas no podría sino repercutir, tarde o temprano, en las aspiraciones de los demás pueblos ibéricos. La edad moderna, la edad de las coronas centralizadas, un poder-una lengua-una administración, es una edad que ya ha pasado definitivamente de largo. Es un hecho que el modelo francés de estado unitario no pudo cuajar en el caso español. La lista de naciones ibéricas no hace más que aumentar. Pero, en contra de los sarcasmos españolistas, no es verdad que su número sea potencialmente infinito. No cabe la reducción al absurdo, apelando por ejemplo al caso famoso del “Cantón de Cartagena”, o bromear diciendo que dentro de la nación asturiana se independizarán los de Xixón con respecto a los de Uviéu, etc. Estos sarcasmos parten de una premisa indiscutida: sólo una es “natural” (valga la redundancia, la *Nación* Española), y las demás son artificiales. Pero lo que sucede es que todas las naciones son, en cierta medida, artificiales. Como el Capitalismo, la Propiedad Privada, la OTAN, en suma, todo cuanto ha sido producto de la acción humana. Los políticos de la Transición española trataron de desvirtuar el número y la territorialidad de las distintas “comunidades” autónomas, algunas de ellas elevadas al rango de “nacionalidades”. Se crearon comunidades regionales verdaderamente artificiales, que en el momento actual se hipostatizaron de manera irreversible (pienso en Castilla-La Mancha, La Rioja, etc.). Con ello se quiso “minimizar” la oposición dialéctica y medular entre una España “central” netamente castellana, pero fragmentada en varios entes *ad hoc*, sin más personalidad que la específica castellana, y las periferias (a su vez muy heterogéneas). El “café para todos” no logró satisfacer a casi nadie, pero también la política es eso: el arte de la experimentación constante, el arte de la innovación ante una perpetua insatisfacción.

En la época predemocrática se nos enseñaba que la Nación era una entidad canónica homologable con otras “potencias” y con el área encerrada por las fronteras internacionales. España era un dato incuestionable, del que más bien avergonzarse por su presente y al mismo tiempo, compensatoriamente, era un *factum* histórico grandioso, sobre-nacional, un Imperio. En siglos pasados, las naciones canónicas europeas con las que medirse también habían consumado su violenta centralización interna y su imperio ultramarino (Francia, Reino Unido). Por contra, el Imperio Hispano jamás logró articular eficazmente sus diversos territorios y pueblos. Al ir perdiendo gradualmente sus posesiones ultramarinas, el centralismo ejercido desde Castilla, desde Madrid fue un caso de colonialismo interno, en el que se impuso coercitivamente una sola lengua oficial y una única manera de ver la vida sobre aquellos pueblos que, tratados como “indígenas”, eran reacios a perder su modo de ser y a asimilarse a una homogénea visión de España. Que Castilla (y hoy más bien Madrid) no haya podido imponerse del todo sobre todos los territorios o naciones es la mejor prueba –la prueba de los hechos– de que tales pueblos, desde sus orígenes medievales (si no anteriores) eran efectivamente naciones y tenían conciencia de serlo. Pero hay que ir más allá: también es la prueba de que los *tempos* históricos de la península ibérica estaban, y están, fuertemente desajustados en sus diversos ámbitos nacionales. Cuando en el Siglo de Oro se alza Castilla orgullosa ante el mundo, con sus tercios imperialistas y sus panegiristas de la pluma, todos los demás pueblos ibéricos éramos rústicos y patanes. El “Sayagués” (una lengua de Zamora y Salamanca que deriva del asturiano), por ejemplo, era el paradigma de la rusticidad para la dorada pluma castellana. El asturiano emigrado a la meseta o a la Villa y Corte era, a ojos del imperialista castellano de los siglos XVI-

XVIII, la representación misma de la acémila humana, bestia de mente entumecida, y sobre todo, pobre, aunque descendiera del mismo Don Pelayo o del rey Favila.

Sólo cuando ese Imperio centrado en Castilla, transmutado en Imperio Hispánico, cesó en su esplendor depredador y militarista (que así son todos los Imperios, desde Roma a los U.S.A.) pudieron las “provincias” (de *antemano* “vencidas”) recordar qué eran. En muchos casos, reinos olvidados o principados con autonomía político-jurídica, y en el caso de Asturias cuasi-foral. Comunidades nacionales que, en su *periferia* o *marginalidad* (por no quedarse solo en el aspecto geográfico de los términos) no tuvieron que compartir enteramente o al mismo ritmo la cochambre y la decadencia de un Imperio en descomposición. Y justo cuando Asturias y otras periferias autónomas podían librarse, al menos materialmente, de la decadencia castellana (siglo XVIII), vino el cambio dinástico a introducir una nueva idea de Estado, centralizado a la francesa, en la configuración del reino.

La pugna entre centralismo y fuerismo (“paleoautonomismo”) no culmina sino bien entrado el siglo XIX, coincidiendo con el poder creciente de la burguesía liberal madrileña. En el ámbito vasco-navarro sin embargo, con mutaciones diversas, incluyendo la transformación de los derechos históricos en “conciertos económicos” llegan los ecos de esa pugna casi hasta el día de hoy.

Es inútil deslindar en la dialéctica de los nacionalismos actuales, el poder o el desiderátum del nacionalismo español frente al poder o el deseo de los nacionalismos periféricos (asturiano, vasco, gallego, catalán...). De hecho se refuerzan las posiciones de cada uno al tener un nacionalismo enfrente. Con respecto al españolismo, esto no es más que una expresión de su fracaso. Que la nación española sea un fracaso histórico y que puede que ya no cuaje nunca más, aunque como estado sea una realidad jurídica y coercitiva, es evidente. Si no, no se explicaría la proliferación de anómalas fundaciones, foros y radicalismos de derecha (aunque también hay españolistas en el PSOE e IU, por ejemplo). Parece la prueba palpable de que este sentimiento –en si mismo legítimo y respetable- debe situarse a la defensiva, e incluso al ataque frente a una posibilidad que a ellos les parece angustiada: que España se rompa. Pero la idea que había que plantear al españolista combatiente (a la defensiva, o al ataque, da lo mismo, pero combatiente) debería ser la siguiente: ¿por qué habrá tanta gente que, sin estar en contra de España, sin embargo no la aman y quieren marcharse de ella? Esta “madre patria” ¿no debería reflexionar un poco cuando algunos de sus “hijos” la repudian, y se quieren ir de casa?

Otra cosa es que el sentimiento nacionalista español, respetable, como exijo que se respete el sentimiento nacionalista asturiano, se transforme en voluntad represiva, vale decir, en fascismo. Las invocaciones más o menos veladas a una intervención militar en caso de secesión están oyéndose en los más diversos foros. No ya por parte de periodistas, emisoras y periódicos conocidos por su sectarismo faccioso. Ha habido destituciones de militares de alta graduación, y en fechas muy recientes. ¡Y estos no son tiempos de Transición! ¡ Se nos había dicho que vivíamos en una democracia madura! A parte de los espadones, se supone que personas de rango “intelectual” deberían contribuir a la concordia entre ciudadanos y entre pueblos. Pero no es así. Destacados filósofos y catedráticos, como he podido leer últimamente, incitan al ejército a intervenir en el País Vasco, hablan de suspender el estado de autonomías. Dicen que la nación española está en peligro ante los “separatistas” y, para evitar las consecuencias

de la desmembración del estado, al estilo de Yugoslavia, proponen las más severas medidas...

Como asturiano, como periférico, a mi no me gustaría vivir en un estado donde los pilares de convivencia se reduzcan a dos: el miedo a los uniformados y la unión a la fuerza. Si este es el fundamento de esa Nación Española... Los nacionalismos periféricos (tan diversos entre sí, con tan diversa trayectoria histórica y grado de evolución) deberían ser vistos en positivo: como factores creativos de un nuevo pacto de convivencia, que también es pacto de pueblos. En vez del federalismo abstracto y a priori de la izquierda española convencional, los ciudadanos nacionalistas podrán conseguir –si quieren– con su actividad y sus votos una confederación ibérica a posteriori: donde vivan juntos los pueblos que deseen y hasta el momento en que deseen. Y el que no desee eso, adiós muy buenas. Nada que se mantenga a la fuerza o bajo amenaza puede acabar bien, y esto deberían saberlo los nacionalistas españoles, en general todos. Y es que en la base de toda convivencia hay un derecho incuestionable: el derecho a decidir.

3. *El papel de la “izquierda” oficial española.* Los términos del lenguaje, y más específicamente, los del lenguaje político, acaban siendo una moneda que se desgasta con la circulación, pierden su valor original y, mucho peor aún, acaban en manos perversas y resultan objeto de tergiversación o monopolio. No se puede dudar de cuán rentable resulta para algunos el confusionismo y el monopolio de los términos. Hace ya mucho que los términos “comunismo” o “socialismo” en manos de la socialdemocracia o del estalinismo dejaron de presentar un significado palpable, reconocible. Otro tanto se podría decir de muchos vocablos, como “libertad”, “democracia”, “revolución”: en la más pura línea orwelliana han pasado, en una o dos generaciones, a significar algo muy alejado de su sentido original. Justamente lo que desea el fabricante de discursos, esto es, el detentador de Poder.

En el mundo occidental, y más en concreto en el estado español, la palabra “izquierda”, a raíz de tanto desgaste, manipulación y deterioro del lenguaje, consta entre las más difusas y extravagantes si nos atenemos a su uso real, y peor aún, al sujeto que las emplea. Es mucho más que un sarcasmo que el PSOE, el partido masivamente votado en varias convocatorias de “democracia formal” tras la muerte de Franco, y con el historial de llevar a cabo apenas una mera oposición testimonial al General en la época de la clandestinidad, se arrogue de forma reiterada su condición de formación de “izquierdas”. Los que tienen edad, memoria, o una combinación informada de ambas cosas, nunca olvidarán que fueron estas siglas las que traicionaron la esperanza del “Cambio”. Tras una campaña de terrorismo mediático el estado ingresó en la OTAN, una organización tradicionalmente vinculada a los ideales de la izquierda más progresista ¿verdad? Además, en la más pura línea de los ideales ilustrados, estos socialistas o socialdemócratas, hicieron gala de la existencia y un uso feliz de los “fondos reservados” para la guerra sucia (en otros países, se denominan los “escuadrones de la muerte”, los “paramilitares”, etc.), con secuestros, corrupción y crímenes de estado incluidos. En fin, puede admitirse que a la izquierda del abanico de las opciones ideológicas posibles, exista un espacio para siglas abiertamente socialdemócratas que, de un modo u otro deseen hacer sus componendas con el Capital, sin entregarse por ello a un desmantelamiento profundo del estado del bienestar y de la economía social. Tal opción existe en todo el mundo, desde hace mucho, y en el juego parlamentario-electoral puede tomarse en cuenta seriamente como *izquierda*, con todas

sus inconsecuencias y fracasos históricos, pero *izquierda* al fin y al cabo. Lo peculiar del estado español es que esta “socialdemocracia” del PSOE no fue ya una componenda esperable con el Capital, o un rendirse a las claras con respecto a sus dictados más implacables. Es que el “desencanto” que Felipe González, Guerra y todos sus secuaces consistió en hacer componendas también con otros poderes fácticos típicos de España que, junto al Capital, vigilaron férreamente la transición y bajo la amenaza constante del ruido de sables exigieron su cuota de poder postfranquista, como fuera la Iglesia, el Ejército, la Monarquía. Todos aquellos años felipistas, como éstos de ahora, zapateristas, son años de desperdicio y vergüenza para una verdadera izquierda.

El PSOE histórico ya contaba, antes de la guerra, con el dudoso honor de haber pactado con el dictador Primo de Rivera para cargarse a la *competencia* obrera, anarquistas y comunistas. Su ambivalente posicionamiento con respecto a la ideología marxista y revolucionaria estuvieron en la base de la desunión obrera y republicana ante el avance del fascismo en los años 30. Ni siquiera pudo demostrar una ideología coherentemente socialdemócrata, esto es, fundada al menos en parte en el marxismo, por más que se renunciara abiertamente a la revolución y a la concepción de la historia como lucha de clases. Cuando Felipe dijo aquello de “hay que ser socialistas antes que marxistas”, me pregunto cuántos militantes y votantes pensaron en el alcance de semejante necedad. ¿De qué socialismo hablaba el “Dios” o el “One”, que es como se le conocía a Felipe González? Pues hasta la socialdemocracia de veras, lejos de la vía revolucionaria, está obligada a reclamarse del marxismo a la hora de ir aboliendo lenta y gradualmente la división de la sociedad sin clases. No, el “Dios” tampoco pensaría en el socialismo utópico, en algún experimento premarxista. En su mente tenía, en aquel famoso discurso, poco más que la intención de abusar de la terminología y de la simpatía obrera por ciertas consignas y valores, con el fin exclusivo de llegar al poder. Su socialismo fue el de sus ministros de Economía, como los inefables Boyer, Solchaga, Solbes. Su socialismo fue neoliberalismo que transformó las potencialidades industriales del estado español en una inmensa playa turística, conectada por AVE y enladrillada hasta el pie de ola. Su socialismo fue el del “pelotazo”, de tipo financiero para sus descamisados con ansia de riqueza y despachos, y también el *pelotazo* de goma que la policía antidisturbios enviaba al obrero que defendía su puesto de trabajo.

Estas siglas mandan de nuevo. Son “izquierda” ¿verdad? Es muy fácil dárselas de izquierdista en un estado, como el de España, en el que una derecha cavernícola no encuentra su propia “reconversión” con respecto a sus orígenes (franquismo sociológico, Opus Dei, jesuitismo, golpismo). Es fácil presentarse como izquierda valedora de las esencias centralistas frente a otras izquierdas nacionalistas que, según coyunturas oportunistas, serán aliados y gente “de progreso” o bien peligrosos separatistas e insolidarios. Todo dependerá del momento.

Estos santones del progreso y de la izquierda “moderada” tienen comprada incluso a su versión *radical*. Radical en cuanto a las formas que no en cuanto a contenidos reales. Nos referimos a una Izquierda Unida que, tras disfrazar vergonzantemente su raíz comunista y sus siglas históricas (PCE), con todo el lastre moscovita y estalinista que hubieren de arrostrar, no ha conocido otra reconversión que la de calcar los idearios “socialdemócratas” y “progresistas” de sus ahora hermanos mayores, el PSOE. El llamado “voto útil” les evita, porque destinar a IU un voto era y es, a ojos de muchos, como desperdiciar la verdadera oportunidad de engrosar la máquina de un PSOE que les tienen fagocitados ideológicamente desde hace décadas. Un poco de retórica

“revolucionaria”, “ecologista”, “pacifista”, “feminista”, etc. , ya no asusta a casi nadie, porque todo el mundo sabe que estos “comunistas”, una vez en el poder por vía electoral respetarían la sacrosanta ley del Capital, la ley del Imperio Yanqui, así como los compromisos sagrados con la UE y la OTAN. Y en cuanto a renegociar con el Vaticano para hacer del estado español una república laica, y con soberanía íntegra, tampoco parece muy claro que haya voluntad decidida en este terreno. IU es la versión retórica de una socialdemocracia pro-capitalista y pro-sistema, que ansía escaños antes que transformaciones reales, y siempre está dispuesta a vender baratos sus votos al hermano mayor cuando éste se los pide. IU viene a ser una corriente interna del propio PSOE: no sé por qué no hacen caso a Carrillo, ese supuesto apóstata del estalinismo (y sólo manifiesta apostasía quien tuvo una vez fe). Que desembarquen todos los submarinos en la costa continental. En ese gran monopolio de los valores de la “izquierda”, el PSOE, donde habrá suculentos cargos a repartir.

La lucha política es siempre, cuando menos, una lucha terminológica. Ocupar un espacio en el terreno del discurso, evitar que otros lo usurpen, etc. Las sociedades occidentales, salvo colectivos desconectados entre sí y frustrados por motivos diversos (v.gr. las minorías) son totalidades que se van adaptando al sistema general de integración que el capitalismo monopolista y transnacional ha ido creando para ellas. Intégrate o muérete. La inexistencia –salvo testimonial- de una izquierda real en el estado español (sobre todo en la “España Profunda”), contestataria o revolucionaria es el paso seguro hacia el autoritarismo puro y duro. El sistema de integración creado por el Capital, y que se vale espléndidamente del estado y de sus mecanismos formales de democracia, sitúa a cada individuo y colectivo en una serie de posiciones restringidas, en las cuales los márgenes de maniobra aparecen recortados y preestablecidos. Así, en el mercado de las ideas, los valores y las actitudes, sólo hay dos o tres elecciones “legítimas”, como ocurre ya con el mercado de los votos, y fuera de ellas reina una terrible e insoportable oscuridad. El monopolio del discurso de esta “izquierda” pro-capitalista, pro-clerical, pro-yanqui que en el fondo ejercen PSOE-IU está representando una estigmatización de todos aquellos otros discursos, términos y valores de una izquierda que, no hace tanto, pretendía transformar la sociedad, poner coto al Capital, al Imperio, etc. La máxima integración entre la izquierda oficial y las grandes burocracias sindicales es la que les permite disfrutar de un poder omnímodo y de un conocimiento exhaustivo de todos los resortes del estado, sintiendo al propio estado como suyo, con lo cual este tipo de poder se perpetúa, se vuelve inercial, o eterno y, en un límite no muy lejano, claramente fascista.

Una izquierda como esa nunca va a cuestionar de forma seria la actual estructura del estado, que no es otra que una estructura de dominación desde el Centro, hacia las Periferias.

¿En qué condiciones se puede desarrollar hoy una lucha emancipatoria de carácter nacional y clasista? Estas condiciones necesitan ser analizadas dentro de un contexto internacional, continental, estatal y específicamente nacional –asturiano.

a) En el contexto internacional asistimos a un fin de ciclo en lo que respecta al declive de los modelos comunistas o de “socialismo real”. Estando cada vez más lejano el derrumbe de 1989 y su efecto dominó sobre los arcaicos y burocratizados modelos soviéticos o similares, las fuerzas contestatarias del mundo han ido movilizándose tras ese “shock” que solo debería haber afectado a los partidos orgánicamente

subvencionados y vinculados al soviétismo (antes, stalinismo) pero en modo alguno tendrían por qué afectar a las corrientes anarquistas, libertarias, trotskistas, ecologistas, feministas, indigenistas, etc., que se han ido recomponiendo en un magma llamado “movimiento antiglobalización”. Estos veinte años largos –aproximadamente– transcurridos desde la caída del muro de Berlín han arrojado luces y sombras con respecto a la capacidad popular de hacer frente al desafío del “pensamiento único”, el neoliberalismo, el imperialismo agresivo de los E.E.U.U. y el terrorismo de Estado. Dudas, en definitiva, acerca de la capacidad de contestación social planetaria ante las amenazas del capitalismo campante, que libre de la competencia (más que hostilidad) con el soviétismo o “socialismo real” amenaza efectivamente con hacer del globo un *imperium* absolutamente homogéneo y sojuzgado por los arbitrios del capitalismo militarizado. Esa contestación existió, desde luego, al margen de los viejos partidos comunistas y sindicatos integrados. Pero fue (y es) una contestación heteróclita, multicéfala, cuya unidad consiste únicamente en el rechazo al modelo mundial que nos ha venido impuesto, pero que carece de unidad orgánica a la hora de concebir un mundo alternativo razonable. En el comienzo del siglo XXI, el frente de tensiones parece situarse en otro lado, en la dominación regional que los EEUU desean lograr en países petrolíferos o ricos en otros recursos estratégicos, disimulada bajo la jerga del “conflicto” entre civilizaciones, o guerra religiosa contra el integrismo.

En este contexto mundial, mucha movilización potencialmente socialista revolucionaria, o comunista, se encuentra paralizada por el descrédito total de los viejos modelos leninistas-stalinistas de partidos y sindicatos, el cual se acentuó más, si cabe, al poder hacer fácilmente, desde posturas liberales y conservadoras, “leña del árbol caído” tras la caída del modelo socialista de los países del este. La izquierda contestataria del “magma” anti-globalización, y en general toda la izquierda no integrada en el sistema y enemiga de sus fundamentos explotadores y neofascistas, sigue confusa en un mar de buenas causas y demandas cívicas, pero es incapaz de constituirse políticamente en un “ejército” que haga frente a los ejércitos del capital.

b) A nivel europeo, se ha constatado un refuerzo de los mecanismos burocráticos de consolidación de las superestructuras de la UE, espejo fiel de la unidad monetaria y de la unidad comercial-administrativa que hoy se llama Europa. Estos mecanismos consolidan día a día a los estados vigentes como socios únicos y legítimos en la vida y decisiones de la Unión, pasando por encima de las regiones o naciones sin estado. Las regiones y las naciones integradas en estados más amplios se ven cada vez más marginadas en el proceso de construcción europea. Sus lenguas sólo pueden aspirar a la oficialidad si ésta ya se ha logrado a nivel estatal. Su poder decisorio dentro de la Superestructura Europea cuenta con muy bajos niveles de autonomía y representatividad. Se ha impuesto el dogma de que, en cuestiones “internas” (p. e. lingüísticas, territorialidad, soberanía) los que mandan son los estados existentes de facto, como socios de la Unión. Asturias, o cualquier otra nación o región sin estado, solo formará parte de la Unión a través y por gracia de su pertenencia al estado español, y eso con independencia del aumento potencial de autonomía, soberanía o nivel de confederación que pudiera recibir en virtud de un nuevo marco de relaciones con este estado. Por lo tanto, el nivel europeo de análisis revela claramente que la UE es una superestructura de refuerzo de los estados, y al servicio de éstos, a la hora de disipar sus problemas y actuar sobre sus colonias internas.

c) En el ámbito estatal, el Reino de España sigue estancado en su proceso de permanente Transición, con los problemas territoriales pendientes de resolución. Por lo que hace al caso asturiano, nos hallamos a años luz de cualquier debate o toma en consideración de nuestra realidad nacional, cultural y lingüística. Solo a duras penas se abrirá la espita de la reforma territorial del Reino, y de una manera severamente restringida a la tríada Euskadi, Catalunya y Galiza. En Madrid, Villa y Corte, no se oye hablar (ni se querrá oír hablar) de nuevos territorios discolos, dispuestos a salirse del redil de las autonomías de segunda y tercera categoría. La falta de visión nacional, y falta de visión de futuro, por parte de las fuerzas españolas sucursalizadas mayoritariamente en el país (PSOE, PP e IU) no es ninguna casualidad ni se debe solo a la ineptitud personal de sus líderes. Obedece a una estrategia perfectamente trazada por los colonizadores y amos efectivos del país, trazada desde Madrid, Villa y Corte.

d) La blandura del movimiento asturianista en sus demandas y reivindicaciones, en la más pura tradición del regionalismo asturiano de hace un siglo, covadonguista, españolizante, y mendigo de pequeñas concesiones por parte del Poder, hace prever un futuro muy negro a esta colonia llamada Asturias. Escudarse en una mera falta de unidad de las formaciones, en una incomprensión por parte de amplios sectores de electores asturianos, en una estulticia irrecuperable por parte de los partidos españoles a los que se sigue votando, etc., son gimoteos que no sirven. No sacan a los conventículos de su minoritaria existencia. Su falta de unión, su sopa de siglas, se debe a la falta de visión nacional. Esto es: a muchos asturianos que desearían reformar el marco de relaciones de su país con respecto al estado, oficializar la lengua, etc., les hace falta ver –en un horizonte más o menos lejano– un estado soberano asturiano. Esa meta, ese *telos*, no deberían perderlo de vista incluso los más escépticos regionalistas y autonomistas de hoy en día. Pues un objetivo difícil hace grandes a los que luchan por él. Patético es, en cambio, pedir poco para no conseguir nada.

En ese horizonte difícil y que muchos siguen viendo lejano, habrá muchos pasos intermedios que dar dentro de los diferentes niveles de análisis que hemos examinado arriba (a, b, c). Por ejemplo, lograr un re-conocimiento estatal y europeo de nuestra idiosincrasia. Darse a conocer al mundo, que se sepa de nuestra opresión. Por ejemplo, luchar porque algún día podamos ofrecernos como ejemplo de nación socialista (mas no en el sentido fracasado del “socialismo real”), autogestionada y libre, modelo del “buen vivir”, mediante políticas económicas y sociales originales y nuestras. Por ejemplo, demostrando fuerza contestataria y dialéctica en la calle y en cualesquiera foros de debate en los que se despliegue nuestra lucha. Sin violencia, pero sin blanduras.

La historia del último siglo, con todos sus horrores y genocidios, es también la historia de la descolonización. El afianzamiento de la normativa jurídica internacional relativa a un derecho tan básico para todo pueblo, como es el Derecho a la Libre Determinación, consta entre los hitos más destacables de ese siglo XX. Se pueden hacer del mismo todas las apreciaciones que se quieran, y narrar los obstáculos en su desarrollo cumplido, incluyendo los decididos intentos de las potencias imperialistas por poner limitaciones a lo que, en los ámbitos filosófico y moral, nunca podrá negarse a un pueblo: el derecho a decidir democráticamente sobre sí mismo. Estas decisiones incluyen la voluntad que expresa un pueblo de separarse, asociarse, integrarse u otras modalidades de relación con estados preexistentes, y sobre todo constituirse, en suma, como un estado nuevo e independiente, sin perjuicio de las decisiones anteriormente mencionadas.

Una interpretación restringida de dicho Derecho consistió en tomar en consideración únicamente los países que históricamente padecieron colonización por parte de metrópolis lejanas. Aún hoy existen plumas y tertulianos que insisten en limitar este concepto a la esfera del llamado “Tercer Mundo”, y a los procesos de descolonización que en otros continentes, distintos de Europa, tuvieron lugar. Dicha limitación va unida a la idea –insostenible– de entender por “colonia” un territorio ultramarino en situación de dependencia política y económica con referencia a una potencia extranjera y lejana. Sin entrar en las motivaciones o el perfil interesado de quienes a veces persisten en estas restricciones, no cabe la menor duda de que junto a un colonialismo “externo”, existió y existe igualmente un colonialismo “interno”. No habiendo brazo de mar, y ni siquiera obstáculos geográficos insalvables, algunas naciones, países, pueblos, comunidades, etc., pueden ser objeto de una efectiva colonización cuando los avatares históricos, y la voluntad de dominio de los vencedores, han posibilitado su conversión en *periferias*. Téngase en cuenta que el concepto de “periferia” nada tiene de espacial o geográfico en un sentido puro. Yo lo manejo en un sentido *dialéctico*, vale decir, impuro. Como se comprenderá, para hablar de un territorio periférico será de todo punto imprescindible referirse a un *centro* con el que aquél pasó a ser periferia. Y he aquí que los Centros de poder, de civilización, de dominación, van cambiando a lo largo de los siglos, y aun los milenios. Así por ejemplo, cuando se habla de forma un tanto monopolista y absorbente de “España” como País Mediterráneo y Latino, se está excluyendo abiertamente a millones de supuestos ciudadanos de ese estado español cuyas costas son bañadas por el Atlántico<sup>1</sup>, y cuyas influencias históricas no son solamente las “venidas del Mediterráneo”. Por ejemplo, con respecto a mi país, escribió acertadamente José Carlos Loredó: “*Asturies ye una tierra atlántica nun Estáu oficialmente mediterráneu*”<sup>2</sup>. Por más rasgos que nos aportaran en la historia los romanos, árabes-bereberes, y los castellanos, los países nórdicos de la Península Ibérica no somos, en lo cultural o étnico<sup>3</sup>, enteramente “mediterráneos” ni “latinos”. ¿Por qué entonces la Periferia ha devenido tal periferia, e incluso ha sido *colonizada* por un Centro de poder? Pues debido a que estos países del norte, por medio de conquistas imperiales, han perdido su “hábitat natural” a saber, atlántico. Hábitat en el que se ubicaban perfectamente en los momentos de la historia en que tal Centro no existía o aflojaba su presión. Así, en la Edad del Hierro. Así en la Alta Edad Media en la zona norte peninsular no musulmana. El Atlántico fue el “mare nostrum” de aquellas culturas nórdicas cuando no se veían sometidas a la presión imperial que, en diversas oleadas, procedía de civilizaciones de estructura imperialista y mediterránea. Los centros capitalinos de poder fueron sucesivamente Roma, Toledo, Córdoba, Castilla. Los pueblos norteños de la península, y de manera muy señalada los ástures, nunca fueron del todo sojuzgados ni enteramente controlados desde tales capitales.

De las tres oleadas que asolaron el norte peninsular, sólo la última ha dejado cuentas pendientes por resolver en lo concerniente al destino las naciones colonizadas, vale decir, convertidas en “Provincias” (“vencidas”). Por lo que atañe a Asturias, cabe decir que las diversas etnias ástures (entre las que quizás quepa incluir las etnias cántabras como subespecie, o en todo caso muy próximas a ellas) fueron las últimas en quedar sojuzgadas por Roma, a través de guerras muy costosas para el Imperio que, en todo caso, jamás llegó a “latinizar” completamente estas regiones. Antes bien, la

<sup>1</sup> Que en la Península Ibérica es el Mar Cantábrico.

<sup>2</sup> “El sen del celtismu”, *Las Noticias*, 17 d’avientu 2006

<sup>3</sup> Y en el caso de los euskaldunes, ni siquiera en lo idiomático.

*romanización* y como fase tardía de la misma, su *cristianización* debió ser muy deficiente habida cuenta de que gracias a la caída del poder central romano, las estructuras indígenas ástures recobraron todo su dinamismo y alzaron su cabeza como pueblos independientes e inasequibles a su conversión real en *Provincia* (nación vencida). Ninguna explicación tendría mejores visos de verosimilitud que la fuerza militar e independencia político-cultural de la nación ástur para comprender el fracaso de una nueva oleada meridional y mediterránea, la del imperialismo árabe. Por más que desde hace siglos se manejaran falsedades en torno al caudillaje godo de la rebelión de Covadonga y demás hechos concernientes al reino asturiano, este elemento nativo y netamente ástur no deja de venir hoy fuertemente confirmado por la arqueología al ser descubiertos importantes medios defensivos al sur de la actual Asturias construidos por los ástures del siglo VII, es decir, aproximadamente un siglo antes de la invasión musulmana. El enemigo ahora debió ser el reino visigodo. Todo invita a suponer una continuidad de resistencia militar de los ástures, y por ende, de identidad política y nacional *activamente ejercida*, ante los sucesivos imperios amenazantes desde el sur. Y es que si bien Asturias sufrió algún ataque por el Norte, a cargo de piratas vikingos drásticamente rechazados por la monarquía asturiana, la mayor parte de los peligros que la asolaron siempre procedió del Sur. Y ¿qué mayor peligro para una nación que perder su independencia e identidad, quedando reducida a colonia o provincia de un Imperio?

Pese a todo lo que hemos recordado, la colonización más perniciosa para la identidad asturiana provino del reino Castellano y de su prolongación artificiosa, el reino de España. El reino asturiano, concebido bajo los usos y mentalidades de la Alta Media, al ampliarse se convirtió muy pronto en un reino “cuasifederativo” y multiétnico. Bajo la corona asturiana se incorporaron gentes de muy diversa identidad étnica: galaicos, vascones, cántabros. Los diversos pueblos nórdicos alcanzaron estructura política bajo una misma corona con casa en el solar de los ástures. Entre ellos había similitudes que ya habían advertido los historiadores clásicos, grecorromanos, pero también diferencias étnicas o nacionales muy acusadas. Tal diversidad no se debió dejar de notar en la época del reino asturiano, pese a contar con un enemigo común, y a pesar de los esfuerzos homogeneizadores de la iglesia.

La última oleada, la castellana, fue la que contó con mayor poder “colonizador” en lo lingüístico o espiritual. Para la identidad asturiana, ha sido la más peligrosa de hecho. La inclusión de Asturias en el actual Reino de España no deja de ser una prolongación de la anexión castellana, aún no revisada históricamente ni contestada de forma suficiente por los asturianos. La anexión ocurre formalmente un siglo antes de la anexión de Navarra a cargo de los castellanos. Estas pueden verse como adelantos de la política imperialista que el reino de Castilla comenzó a ejercer en el mundo y que tuvo su experimento inicial con los territorios del Reino de León, sucesor del Reino Asturiano. Castellанизación lingüística y homogeneización cultural por vía lenta. Frente a los enfrentamientos armados, con los que la nación ástur mostró en la práctica su alteridad irreducible frente a romanos, godos, musulmanes, el nuevo imperialismo castellano no triunfaba sino por medio de una lenta asimilación cultural. La cercanía lingüística del asturiano y el castellano, la proximidad geográfica, la imposición de funcionarios extranjeros castellanizantes, la propia castellanización de la nobleza asturiana y de su alto clero... Con todo, creo que queda por historiar a fondo el rosario de revueltas armadas asturianas que sucedieron en el país asturiano antes de 1388, previas la creación del Principado. La vinculación directa y definitiva de un territorio al heredero de los reyes castellanos debió servir para que ninguno de los nobles afianzados

en Asturias volviera a entregarse a ambiciones independentistas y ostentara, de nuevo, una corona independiente. El territorio del país asturiano no se redujo a la condición de Principado sin derramamiento de sangre y sin oposición de una parte de su nobleza.

A partir de aquí, una larga decadencia nacional. Decadencia que no vino por un supuesto “aislamiento”, como nos suele decir la historiografía españolista. Ni tampoco por la “pobreza” del suelo, como hacen los deterministas, imbuidos como están por inveterados esquemas mediterráneos de economía y civilización.

Vuelvo a repetir que el aislamiento de un país o de una región nunca es un hecho geográfico puro. Es un hecho construido desde un Centro de explotación, de dominación, imperialista y saqueador. Dialécticamente, una periferia se convierte en rincón olvidado si el Centro se desplaza a otras latitudes. Para el caso asturiano, hacia el sur. Si el Centro se retira, si el imperialismo se disuelve, las viejas periferias podrán transformarse algún día en nuevos Centros irradiadores de nueva vida, cultura, creación. La liquidación del modelo imperialista de España como estado –proceso que sólo está comenzando- tiene que significar la devolución a las “periferias” de su “centralidad” como naciones con vida y fuerza propia. No cabe otra salida.

En cuanto a la “pobreza” del solar asturiano hay mucho que decir. Basta con hacer una comparación entre el verdor y exuberancia del país astur y la sequedad castellana. Tal tópico sobre la pobreza de suelo ástur ha sido sostenido por historiadores españolistas, que sólo veían la “riqueza” material en un país bajo los criterios mediterráneos de una economía agrícola veterocapitalista, basada en la explotación esclavista o de masas de siervos y jornaleros, heredada del imperialismo romano y cordobés, como todavía se ve en el sur y el levante peninsulares, pero jamás en el norte, nunca en Asturias. El marcado perfil ganadero del país, y su clima oceánico, atlántico, junto con sus estructuras democráticas ancestrales, las caserías, entre sí vinculadas a la pequeña comunidad campesina autogestionada, hacen de nuestro país una entidad enteramente ajena (e incluso opuesta) al latifundio veterocapitalista español. Son estas estructuras antropológicas tan definidas las que me dan un fundamento para proclamar incansablemente que Asturias no es España.

Tal “pobreza” de suelo no debió ser tal cuando en siglos pasados el país tenía una de las densidades demográficas más altas de la península. Tan alta que en ciclos repetidos condicionaba la masiva emigración de gentes. De hecho, ahora el país se está despoblando, especialmente en sus “alas” oriental y occidental. Valles y aldeas, concejos enteros, se quedan vacíos. De no ser por la imposición de criterios político-económicos extranjeros, la peculiar orografía del país astur permitiría una población del doble de personas. No es descabellado pensar que el campo asturiano, dejando a las ciudades un crecimiento puramente vegetativo, tendría la capacidad de albergar un millón de habitantes más si a la institución étnica y socioeconómica asturiana por antonomasia, la casería, se la dotara con los avances tecnológicos oportunos, con un máximo de autosuficiencia, el posible dentro de un estado pequeño, independiente y socialista.

Llegados a este siglo XXI, con instituciones fosilizadas y grotescas, como por ejemplo un “Principado” de sabor medieval y vinculado todavía a una monarquía española borbónica, una represión lingüística inusitada en Europa occidental, y una administración colonial de nuestros recursos, el pueblo asturiano debe reaccionar con

contundencia, dentro de las vías de la paz y del diálogo democrático. Debe replantear al estado español su modelo de vinculación al mismo, para frenar el uso y abuso del territorio asturiano como mero solar para la construcción de chalets, campos de golf y hoteles. Están expulsando a su juventud con el fin de que el solar quede completamente vacío de “indígenas”, y en manos de especuladores que lo revendan a españoles buscadores de segundas viviendas y de “paraísos turísticos”. Como no pudieron acabar con nuestra clase obrera, acabaron con la industria que les daba su ser. Como nuestra vida campesina no tenía nada que ver con el modelo latino-mediterráneo (naranjas, olivos, vino) con el que el estado español negoció ramplonamente su entrada en la U.E, la granja asturiana o casería, hubo de ser sacrificada. Desde Madrid sólo nos ofrecen convertirnos en un pueblo de sirvientes. Quieren que nos dediquemos, nada más, a “servir” al turista que, ya se sabe, al ser producto del capitalismo centralista español, deja de ser un visitante (amablemente acogido por nuestros paisanos desde siempre) para convertirse en un depredador.

¿Quién mueve los hilos de esta depredación? El estado español y sus intereses económicos, sustentados por una burguesía madrileña y de otras procedencias, que siguen “administrando” territorios periféricos como si fuesen suyos, de libre disposición. Desde una concepción de estado único y homogéneo, esta burguesía centralista persiste en seguir enriqueciéndose con un modelo de desarrollo en el cual se crea una profunda División del Trabajo, incluyendo la división territorial, haciendo que unos sean centros de *acumulación* de plusvalía y otros meros lugares periféricos (colonias) de *extracción* de la misma. Que Asturias ha heredado su condición de colonia periférica, forzada a renunciar a su autosuficiencia productiva, por la vía de la especialización, es un hecho evidente. Desde Madrid, querían de nosotros el carbón, el acero, la leche. Ahora, como no desean esas tres cosas, buscan en nosotros el país de Jauja de la energía eléctrica, el Vertedero medioambiental de Europa, la Marbella del Cantábrico.

El capitalismo dirigido por esta burguesía centralista y española, es un capitalismo especialmente depredador. Lejos de ser “competitivo” en el juego limpio de los mercados, obtiene sus raciones de plusvalía gracias a los aparatos de represión y control político procedentes del franquismo y de la vieja burguesía caciquil que preparó el terreno a la dictadura. Una dictadura que aún conoce sus prolongaciones en la “democracia formal” o “transición eterna” que es el régimen actual. Al heredar una estructura centralista, la burguesía española aceptó a duras penas una “descentralización” del estado. Como ya indica la palabra, descentralización es una suerte de “concesión” que un magnánimo poder central otorga a sus periferias. En ningún momento se planteó desde España un reconocimiento nacional de los pueblos contenidos en el viejo estado heredado (la palabrita “nacionalidades”, en la Constitución es testimonio de ello) y cuando se adoptó la fórmula de las autonomías, se quiso disfrazar el hecho nacional de algunos pueblos con la creación de autonomías artificiales, sin tradición histórica ni identidad de algún tipo. En ese proceso de “descentralización” (que no *desarticulación* de la vieja estructura imperial de España), por poco no metieron a Asturias en el saco arbitrario de alguno de los inventos creados por aquellos eximios “Padres de la Constitución” o de la “patria”. Se respetó su condición uniprovincial. También, se restauró parcialmente su denominación histórica “Asturias” en lugar de “Provincia de Oviedo”, pero castellanizada (en vez de *Asturies*) y además, vergonzosamente vinculada (sin necesidad alguna) con la monarquía española: “Principado”. Además se recuperó el nombre del órgano representativo tradicional del

pueblo asturiano (Junta General) pero completamente desvinculado del carácter foral y cuasisoberano de que gozara aquel hasta 1835. La autonomía asturiana *concedida* por el estado español, en realidad, entró en el saco de las autonomías de vía lenta y estatus precario previsto por los políticos españoles y la Constitución de 1978.

Ahora, en pleno siglo XXI, todavía Asturias trata de recuperarse del destroce que los sucesivos gobiernos españoles de los 80 y 90 causaron en el tejido productivo del país. Sumida en el túnel de la especialización económica forzada por intereses ajenos, sigue al dictado de esa burguesía caciquil y foránea que antes saludaba brazo en alto lo mismo que ahora pone la rosa en un puño. El estado está un poco preocupado por el aumento de un sentimiento de “no españolidad” entre los jóvenes asturianos, condenados además, y de antemano, al paro, el servilismo, la emigración o el trabajo precario. Las simpatías ante la lengua asturiana, una de las más reprimidas de Europa, por otra parte, no cesan de aumentar. La caducidad de los mitos covadonguistas (representados en la frase “Asturias es España y lo demás tierra conquistada”) está llegando a su fin. Tan sólo la sólida estructura caciquil mantenida por la FSA (Federación Socialista Asturiana) e IU, junto con las grandes burocracias sindicales (SOMA-UGT y CCOO), permite la inercia en el poder de los mismos. A ello hay que añadir el carácter acomplejado y pedigüeño de los grupos “asturianistas”, incapaces de salir de sus guetos y prestos siempre a una división de sus fuerzas, astutamente programada por la “izquierda” española gobernante. Un “asturianismo” incapaz de transformarse de veras en una izquierda nacionalista con voluntad de poder. En estas condiciones actuales, en un corto plazo, el panorama es sombrío desde el punto de vista *subjetivo*: ¡ay del esclavo que no se quiere liberar! ¡ay de la colonia que no desee su libre determinación! Pero ello no obsta para una lucha a largo plazo, en cuanto se dan condiciones *objetivas* ausentes en muchos otros lugares. Una nación objetiva, que emergió en la historia como estado político mil años antes que España, y que conservó su identidad ininterrumpida como pueblo hasta la fecha de hoy, debe empezar a cobrar conciencia de la disolución de la momia imperialista que un día fuera el Reino de España, e incluso contribuir, pacífica y creativamente, a su desintegración. La cárcel de pueblos no va a durar eternamente, y los asturianos debemos columbrar esto cuanto antes.

4. *¿Cada vez más Españoles?* Hace trece siglos hubo un reino en la Península Ibérica: *Asturorum Regnum*, el Reino de los Ástures (año 718). Hoy en día, algunas plumas que residen en el país dicen que los asturianos de hoy nada tienen que ver con los ástures de aquel entonces. Yo no lo creo. Aún somos los mismos en un porcentaje muy alto de los casos. Es verdad que ya en plena época de la Monarquía Asturiana hubo alguna emigración desde el sur. Algún godo, algún hispanorromano, o mozárabe, vino a refugiarse detrás de estas montañas cantábricas, que entonces brindaban libertad. Pero es muy llamativo que en plena Edad Media, incluso ya integrado el estado de los ástures bajo otras denominaciones (Reino de León, Reino de Castilla), se conservara el nombre de la etnia que lo fundó. Los ástures, hoy asturianos. En cuanto al Reino de León, cabe recordar al lector que ésta denominación fue tan sólo un traslado de la Corte a otra sede (914-924), siendo esta ciudad más estratégica y conveniente en los planes expansionistas que, todavía hoy, se llaman con muy poca fortuna “Reconquista”. En muchos aspectos, simbólicos y jurídicos, Oviedo/Uviéu prosiguió siendo la capital y sede de sus reyes. Antes del traslado de la Corte de Oviedo/Uviéu a León, ya la monarquía astur había exhibido un marcado carácter federativo, no asimilacionista. En ella se integraron etnias distintas del norte, que muy pronto mostraron poseer

personalidad nacional muy propias, y que colaboraron –a la fuerza o de buen grado- en los proyectos políticos y militares del Reino asturiano (de los Ástures, como se diría traduciendo la expresión latina de las Crónicas): gallegos, cántabros, vascones. Todavía la personalidad “castellana” no había asomado la nariz en un intersticio entre los cántabros y los vascones. Fue su “separatismo” de nuestro Viejo Reino Astur el que aparecería mucho más tarde.

Ciertas elites mozárabes, probablemente, refugiadas desde el Sur musulmán en nuestro país cristiano y norteño, fueron las que aventaron al aire su mito “goticista”. Según esta patraña, el Reino Astur sería la continuación del Reino Godo de Toledo, perdido a manos de los musulmanes. El propio Don Pelayo habría de ser de estirpe goda, y no el *princeps* de los ástures. Quienes aplastaron a un ejército islámico entre las nórdicas cumbres, con supuesta ayuda de la Virgen, no fueron unas etnias ástures descontentas ante los excesos recaudatorios de unos nuevos invasores sureños, a tenor del mito goticista. No fue una nueva rebelión de los ástures ante sus nuevos extorsionadores meridionales, antes romanos y godos, ahora “moros”. No: el mito goticista supone una nobleza goda, es decir, sureña, toledana (luego añadirán “española”) afanosa por recuperar su perdida España de manos de los infieles. Que las Crónicas medievales esparcieran esa fantasía se puede entender en términos de legitimación antigua de sus dinastías, igual que otros reyes y emperadores medievales decían ser sucesores de los Césares romanos. Pero que lo repitan historiadores tenidos por “serios” en pleno siglo XXI no es de recibo. Ya empieza a quedar establecido científicamente que la etnia ástur conservó su personalidad (hoy diríamos su “autonomía”) bajo la dominación imperial romana, junto con la cántabra (muy hermana, y en ocasiones indistinguible de la ástur), lo cual no era nada excepcional en la política colonialista de los romanos para con los pueblos difíciles de domesticar y con grandes incompatibilidades asimilativas para con lo latino. Potentes murallas defensivas muestran una aguerrida resistencia nacional en el sur del actual país asturiano en una época –siglo VII- en que aún no se había producido la invasión islámica de la Península. ¿De quiénes se iban a defender mis antepasados, sino de otros imperialistas que hubo antes, los visigodos? Sabido es también que la presencia de restos arqueológicos de los godos en Asturias es muy escasa, testimonial. El país se lo disputaban los suevos desde el occidente gallego, también con escasa presencia en mi país, y los godos desde el sur, reinos ambos que persistían en seguir incluyéndolo fanfarronamente entre sus dominios. Nada de eso es verdad. Jamás pudieron dominarlo. Si fuéramos a hacer caso de las baladronadas de los imperialistas, también Carlomagno habrían contado entre sus vasallos al *Asturorum Regnum*, estado europeo independiente donde los haya.

Que la Monarquía Astur fue uno de los primeros estados independientes de Europa, no siendo feudatario de ninguna entidad política superior, no ofrece dudas. Que su etnia fundadora nada tiene que ver con la continuación del reino goda toledano, tampoco. A esto habría que añadir que su estructura era claramente federativa, y que sirvió de muro protector (a la fuerza o de grado según las coyunturas) de los galaicos, cántabros y, en parte, vascones, frente a los imperialistas musulmanes del sur. A diferencia de la política colonialista *avant la lettre* que exhibió posteriormente Castilla, tratando de homogeneizar a sus naciones conquistadas-anexionadas, Asturias conservó (no sabemos si conscientemente) la personalidad de los países que lo comprendieron, pues las diferencias eran grandes desde tiempos prerromanos, y aun perduran hasta hoy. Es el caso de los galaicos, que si bien se dice eso «Gallegos y Asturianos, primos hermanos», no es menos cierto que Galicia es una nación aparte desde tiempos inmemoriales.

Digamos esto a pesar de cierto expansionismo galleguista de última hora, y que se vuelve cada vez más insoportable en el Occidente Ástur.

Los ástures, aunque no conformaron una unidad política en los tiempos prerromanos, y no fue hasta la rebelión altomedieval cuando accedieron a la conciencia de estado, sí debieron estructurarse entre sí, y con otros aliados, con motivo de contar con un enemigo común: Roma. Suele pasar. La amenaza compartida une a los que de por sí gustan de la independencia y la libertad. Las viejas afinidades prerromanas debieron renacer con la invasión “mora”, y de ahí el perfil federativo y poliétnico del Estado Ástur.

Por lo demás, la cultura ástur contaba con un área mucho más extensa de lo que hoy es la “Comunidad Autónoma del Principado de Asturias”. En la región de León, la toponimia, la lengua, los apellidos, el folclore y mil rasgos más, son testimonios de la vieja presencia ástur al sur de la cordillera. Y no me estoy refiriendo simplemente a unos cuantos pueblecitos de montaña, muy próximos a la linde con la Asturias actual, donde aún se habla asturiano y se conservan hórreos. Nos referimos a buena parte de la región leonesa y parte de la provincia de Zamora. Ciertamente, ya desde la Edad Media, por obra de la hegemonía creciente de Castilla estas zonas se castellanizaron profundamente. Era el sino de las tierras del llano ástur. Los ástures cismontanos, los de la Meseta, poseían menos abrigos para defenderse de las conquistas: romanos, islámicos, castellanos. Con todo, hoy es el día en que un aumento de la conciencia nacional de Asturias, la oficialidad de su lengua y, si acaso, su existencia soberana futura, podrían servir para volver a atar lazos con estas regiones y comarcas, respetando su personalidad y diferencialidad, que en todo caso guarda más vínculos histórico-lingüísticos con el País Ástur que con una entelequia creada ad hoc en el momento del “café para todos” autonómico, a partir del precedente regional de la llamada Castilla la Vieja, tragándose desde Valladolid a nuestros queridos vecinos leoneses y a los de otras comarcas mesetarias, cuya “castellanización” no ha hecho sino aumentar por decreto, nuevamente.

Otro tanto se diga de las antiguas “Asturies de Santillana”, incorporadas por el ave rapaz castellana ya en la Edad Media, pese a la evidencia que todavía revela el nombre de esta comarca, y el aguante que, hasta última hora, hubo de sufrir el asturiano oriental/cántabro casi hasta el linde con la ciudad de Santander. Siglos de castellanismo atroz han destruido la lengua ástur-cántabra de la comarca, y sólo una afirmación nacional desde el propio corazón de Asturias podría volver a unir lo que la absurda política de trazado de rayas ha separado.

La anexión definitiva del Reino Ástur-leonés (1230) fue el comienzo de un declive de nuestra soberanía política y de nuestra proyección peninsular. Castellanzados fuertemente León, Zamora, etc., esto es, la antigua Asturias cismontana, Galicia y Asturias se reconcentraron en su pacífica vida. El afán depredador de territorios para conquista quedó en manos de la iniciativa del reino castellano, que hicieron de ello especialidad y razón de ser, y para varios siglos. Las conquistas del *Asturorum Regnum* se justificaron por la necesidad defensiva, de contar con territorios poblados al sur de la Cordillera Cantábrica que les sirviera de escudo ante las *razzias* islámicas. Asegurados esos cinturones de cristianos armados, desahogada la altísima densidad poblacional que la franja cantábrica de la Península siempre ha sufrido, la vida en paz, la vida productiva de la Casería (forjada ya en estos siglos medievales) se consolidó, sin más deseos por

convertirse en yugo de otros pueblos, como aconteció con sus “separatistas”, los de Castilla. Antes bien, poblaron yermos, colonizaron desiertos hasta el Duero, libraron al siervo y al pobre al entregarles, en la conquista, tierra, armas, arados.

Aun estando ya anexionado el País Ástur al Reino Castellano, éste se reguló a sí mismo como un estado prácticamente independiente. Antes de la creación del título de “Principado de Asturias” para el primogénito del rey castellano (1388) la Xunta Xeneral ya debió reunirse regularmente desde tiempos inmemoriales, quizá desde la existencia misma del *Asturorum Regnum*. Era esta Xunta Xeneral el órgano asambleario, representativo y soberano de los distintos *Conceyos* hermanados para la mejor dirección política del país. Los historiadores que la investigaron reconocen que en esta Baja Edad Media, y hasta bien afianzada la Monarquía Austriaca en España, ese órgano era soberano y el país vivía de forma prácticamente independiente con sus Ordenanzas, su Diputación, su Procurador y su pase foral.

No es cuestión de hacer aquí una historia de esta institución. En general el rey castellano-español se las arregló para que la nobleza local que le era favorable estuviera siempre bien representada y los intereses de la Xunta no perjudicaran a los del rey. Pero la Xunta Xeneral no dejó de cuidar por los intereses de su país, principalmente evitando gravosas contribuciones de la potencia colonialista, Castilla-España, para no desangrar a un país ya de por sí empobrecido. La ancestral renuencia de los mozos asturianos a servir en el ejército castellano-español, que les resultaba extraño y distante, era salvada por la Xunta como órgano facultado para organizar sus propios tercios o regimientos, destinados a la defensa del propio país y de sus costas. El servicio en ellos debió ser menos gravoso que las levas reales, y mucha juventud se libró de las quintas españolas gracias a la “vista gorda” que la Xunta hacía en cuanto a los reclutamientos. Como se ve, en algunos aspectos que hoy llamaríamos “competenciales” la autonomía de la Xunta Xeneral era muy grande, pese a lo escasa que debió ser su financiación. En materia tributaria, orden público, mercados, higiene, protección social, construcción y reparación de caminos y puentes... en tantas y tantas materias civiles y militares, el Principado se valió como un estado dentro de una Corona castellana-española de pretensiones imperiales y cada vez más centralistas. Este centralismo ya se fue advirtiendo en los últimos tiempos de los reyes austriacos. La Inquisición, una de las herramientas fundamentales del centralismo hispano del Antiguo Régimen, no pudo hincar su diente feroz entre los nuestros, país ordenado, pulcro, habitado por “cristianos viejos” que, si bien dotados de una fe tibia, dados al escepticismo y con cierta tendencia al paganismo celta, no eran dados a la herejía ni a la superstición como en Galicia o en Reino de Navarra. La creación de la Audiencia, y el centralismo más radical aún implantado por los Borbones desde Francia fueron circunstancias que sirvieron para ir asfixiando poco a poco la soberanía de la Xunta. Uno de sus momentos estelares fue la recuperación íntegra de su Soberanía declarándole la guerra a Napoleón y enviando embajada en solicitud de ayuda al Reino Unido. Este estado reconoció en la Xunta Xeneral el parlamento soberano del país asturiano, dándole el tratamiento de “Alteza”, y envió su ayuda en la guerra contra el francés. La Xunta Xeneral de Asturias, en estado de letargo, un estado políticamente inducido de los reyes españoles, reclamó para sí la plena soberanía que le correspondía desde antaño como representación de un país independiente, entendiéndose así que se libraba de sus compromisos con el Reino de España ante el vacío y la usurpación que en tales días se daba. Fue esta Junta “Revolucionaria” un anticipo de los Consejos Soberanos que en dos ocasiones, también revolucionarias, el fascismo español pusiera al País Ástur contra las cuerdas. La

Revolución Asturiana de 1934, y la guerra antifascista de 1936-37. Ahí también surgió una República Popular (obrera y campesina) Asturiana que hubo de luchar dotándose de ejército propio, instituciones y moneda, contra el fascismo. Lo hizo tras desentenderse de la República Española, en 1934 por fascista, y en 1937 por inoperante y poco seria (típico del Estado Español en sus relaciones con Asturias, poco serio, inoperante y casi siempre traidor a las viejas leyes con que se dotaron los ástures-asturianos desde antaño.

En fin, nuestra Xunta fue abolida en 1833 en plena oleada centralizadora iniciada por una monarquía española siempre corrupta y siempre depredadora, ahora revestida de disfraces liberales. A diferencia de Inglaterra, el “liberal” español siempre fue un cacique, un negrero, un señorito, un reaccionario o fascista, y un ladrón, eso sí, vestido con la coartada de una Ilustración progresista y supuestamente modernizadora. Pero en la patria de Feijóo, Campomanes, Xovellanos, etc., los asturianos más cultos sabían más del *sentido común* anglosajón “liberal” en el sentido genuino, que del jacobinismo asesino importado de Francia, y muy querido por los caciques castellanos (*cazurreos*).

No demostró Asturias la resistencia tenaz a la supresión de sus libertades “cuasiforales”, de sus propias “Cortes”, la Xunta Xeneral, a diferencia de la que en el ámbito vasconavarro en efecto se dio de la mano de los carlistas. Las voces de protesta de los asturianos más insignes, Xovellanos, Caveda y Nava, no contaban con un tan fuerte movimiento popular detrás, dispuesto a defender con las armas su “Constitución Política”, usurpada por los liberales centralistas. Es más, para mayor declive del país, aquellos que por su formación y posición debían estar llamados a ser la más elevada representación de Asturias, enseguida se apuntaron a hacer carrera en los Madriles, cerca de la Corte y de los Hervideros de Poder. Comienza ahí el mito de los “asturianos universales”. Aquellas personas que, trasladadas a la Corte, hacen su carrera política, burocrática, diplomática, al servicio del Estado, con plena conciencia de formar “nación”. Tanto es así, que su mentalidad de emigrantes en tierra extraña les hace buscarse y protegerse los unos a los otros. Muchos asturianos dan el “salto” a la capital del Estado llamados por otro compatriota que lo diera antes y que le ofrece su protección. La abundancia de hidalgos y nobleza con pocas posibilidades en lo económico y en lo demás, dotados por otra parte de una cultura muy superior a la de la caterva de rentistas, parásitos y vividores castellanos y meridionales que merodeaban en la Corte, hacía de los asturianos los “perfectos servidores” de un Estado que pretendía modernizarse. Y lo hizo en buena medida a su costa. Privando a los países que lo conformaban de su personalidad, sus fueros o sus derechos privativos –fueran del orden que fuesen– aceptaba sin embargo a los mejores de sus indígenas por ver si sus luces y su talento servían para empujar a una España secularmente lastrada por el atraso, la miseria, el fanatismo, el odio a las letras y a la inteligencia. El asturiano ilustrado, resignado a ser un emigrante a la caza de cargos madrileños, complacido en dar su toque europeo en un Reino más bien Negro y Africano en no pocos aspectos, es el preludio que en los siglos XVIII y XIX sirve para anunciar hoy a los 18.000 jóvenes del país que, año tras año, se ven obligados a emigrar a Castilla, Madrid, Levante, etc. , muchos de ellos con titulaciones universitarias o de formación técnica superior. Ellos son los nuevos expulsados por el terrorismo económico de Estado, empeñado de forma etnocida en proseguir con ese mito del “asturiano universal”. Porque ¿saben qué es realmente el “asturiano universal”? El joven que necesita un futuro, un mañana que en su propia nación –Asturias– se le niega. Y como compensación, y ya no sé si como rechifla, se le exige que renuncie a su solar, a su identidad, a su lengua, a su condición de asturiano, en suma, en una especie de enésimo acto de generosidad. Como si la misión eterna del

país de Asturias fuera desangrarse siempre para que España goce, una y otra vez, de su savia.

Ya no deberíamos desear más esa España Vampiro. Hoy, a los 18.000 jóvenes expulsados del país, para beneficio de un empresariado canallesco que predomina más al Sur, son el último capítulo del asturiano emigrante que insufló civilización y sentido común en aquella Corte corrupta madrileña. Igual que constituyen la nueva versión del emigrado a Cuba, a Venezuela, a Bruselas, a mil lugares donde dio pruebas de su afán por trabajar, inteligencia y honradez. ¿Por qué hubimos de ser siempre patria de emigrantes? Por haber perdido nuestro Estado, y no solo por conquista, sino por olvido y dejadez en el seno de un Estado más grande que, primero nos fagocitó, y después nos chupó la sangre. No sólo hombres de Estado y reformadores hemos regalado a España. También dimos brazos fuertes, a quienes pusieron a trabajar como acémilas. También dimos amas de cría, con cuya abundosa leche hubieron de sacar adelante a esmirriados cachorros de la nobleza *cazurra*, productos de mil uniones incestuosas y degeneradas, para ver si emblanquecía su piel y se les transfería la lozanía norteña. Aguadores, amas de cría, braceros, proletarios, a eso les redujeron los capitalinos de España: ellos, sanos asturianos, que de haber sido mejor administrados, nunca hubieron de salir de sus antaño autosuficientes caserías. Ahora, la historia se repite. Bien como proletarios o bien como “misioneros” cualificados en la España Negra, seguimos despoblando la patria, desangrándonos en talentos, enriqueciendo a caciques y tornándonos cada vez más y más “Españoles”.

5. *Asturies y su colonización*. La conciencia puede ir detrás de las posibilidades, pero nunca ir contra ellas eternamente. La conciencia puede ser lenta en su desarrollo, quedar oscurecida, dormirse en un sueño alienante. Pero siempre conforma el reflejo de unas ciertas relaciones sociales, y sólo de una transformación de estas mismas va a venir el cambio de conciencia. Indiquemos también que la conciencia de un pueblo, la conciencia nacional, es algo que se tiene que dotar de instrumentos propios para materializarse cuando las relaciones sociales se contraen de forma suficientemente madura, desarrollada. Un estado, un autogobierno mayor, un desarrollo *nacional*.

Hablemos en concreto de la conciencia nacional asturiana. Va detrás de sus enormes posibilidades de desarrollo. Hay un fuerte sentimiento “identitario” y “étnico”, tal y como se revela en la sociología, y especialmente en la experiencia del nacido en el país y con lazos familiares sólidos en el mismo. Por contraste, hay un pobre comportamiento electoral de esa conciencia nacional, cuando se observan los éxitos de los partidos españoles en detrimento de los pobres resultados de los partidos asturianos en las sucesivas convocatorias. La explicación, que he ido apuntando en numerosos ensayos sobre el tema no puede ser sino compleja, multifactorial. La historia del país, basada en una colonización cultural de larga trayectoria, muy agudizada en la época del franquismo industrial, hizo que, además de capital extraño, entraran obreros de diversas regiones de España. La ya de por sí larga castellanización, comenzada en la Edad Media, se completó con la Globalización u homogeneización que siempre va implícita en el capitalismo. Un capitalismo dirigido por el Estado Español basado en capital público.

A la altura del siglo XX, Asturias todavía era un país con fortísima personalidad. La situación sociolingüística, pese al abandono, la represión y no oficialidad del asturiano, no era en principio de las menos boyantes dentro de las lenguas europeas e ibéricas

minorizadas. Como mínimo, estaba a la par de la situación gallega y catalana, y mucho mejor que el euskera. No sólo se seguía hablando universalmente en el mundo rural, sino que también era lengua de uso amplio en los sectores populares de las ciudades. Política y sindicalmente, el país se iba dotando de organizaciones que expresaban una conciencia de vanguardia. Fuertes organizaciones proletarias eran capaces de tener en jaque a la patronal y a las fuerzas del orden por medio de tácticas de lucha y organización tenidas entre las más avanzadas de Europa. La tradicional estructura asociativa y solidaria de los aldeanos asturianos (la andecha, la sestaferia) fácilmente se trasladaron, modificándose, al ámbito del barrio proletario urbano o semiurbano, pues muchos de los proletarios todavía eran personas nacidas en el país, y educadas en tales hábitos que sirven, ante todo, para fortalecer al débil.

Con todo, la estructura social que mantenía el Estado Español era claramente reaccionaria, vinculada a los intereses de una burguesía parasitaria, rentista, agraria y caciquil. La ausencia de representantes en Asturias de una clase burguesa industrial “avanzada”, y peor aún, autóctona, hubo de ser pagada muy cara por parte del pueblo trabajador asturiano. La derrota militar de éste (1934, 1937) fue también la derrota de su cultura nacional. Ciertamente, todo el siglo anterior había sido una especie de cuesta abajo en la que la lengua asturiana fue perdiendo el prestigio que los ilustrados del XVIII habían tratado de darle. El triunfo de las directrices burguesas foráneas, las que representaban en el país los objetivos del estado español, liberal y fuertemente centralizado, fue ante todo un triunfo cultural. La historia de la disolución de nuestras instituciones representativas de carácter foral es en este sentido una historia triste. Se reduce a una defensa apenas testimonial por parte de unas elites que, en realidad, estaban bien pertrechadas para beneficiarse de su posición en el nuevo modelo de estado español, a cuyo servicio se pusieron (p.e. Caveda y Nava).

Así pues, se puede decir que la fuerte conciencia etnolingüística de identidad que los asturianos tenían de sí, no fue aprovechada y, hasta cierto punto se podría decir que resultó *traicionada*, por los sectores sociales llamados a defenderla y ponerla en guardia frente a la progresiva colonización que desde Madrid se ponía en marcha. Tal colonización contemplaba la conversión de Asturias en un territorio auxiliar para el proceso incipiente de industrialización de España. La des-ruralización que puso en marcha la apertura de tantas explotaciones mineras y fabriles, la castellanización que supuso la entrada de emigrantes sureños y la construcción de accesos mejores a la meseta, la enseñanza reglada al estilo fabril y centralista, monolingüe en castellano... Estos elementos, y no figuran todos aquí, hubieran sido suficientes para completar el proceso de aculturación al que los asturianos nos vimos sometidos desde finales de la edad media (siglo XIV, si no de antes). Con todo, las señas de identidad permanecieron casi como constantes pese al gran trauma de la industrialización (o proletarización).

A veces se han señalado factores para explicar nuestro carácter fuerte de Nación, pese a tanta derrota y traición, factores de carácter colectivo de muy dudosa credibilidad. Por ejemplo, un supuesto conservadurismo inherente al hecho de ser asturiano, que le impide abandonar sus hábitos, costumbres, lengua, tierra, etc. Otras veces, se ha invocado el aislamiento del país, circunstancia geofísica que evitaría “contagios”, especialmente con las gentes del sur. De todo ello, el único elemento seguro para explicar tanta resistencia a la asimilación castellana es el contacto asiduo que las gentes urbanas habían mantenido con el campo (y viceversa). Este es un hecho que quizá ahora empiece a cambiar, pero que explica la enorme homogeneidad de la población asturiana

en su conciencia etnolingüística, pese a tanto debate que ha habido en torno a su pluralidad. Lazos de todo tipo (familiares, lúdicos, herencia o adquisición de segundas viviendas y fincas) estrechan estos dos mundos que en Asturias, como nación, conforman un mundo único. Y es que en Asturias no se dio –temo que la cosa empiece a cambiar- la tradicional oposición campo-ciudad de otras culturas y regiones.

Se podría teorizar muy largo y tendido sobre ello. De hecho, yo creo que se trata de un programa de investigación que una sola persona no podría completar en el curso de su vida. Pero debería existir en nuestra universidad y en las iniciativas ciudadanas más diversas la intuición de que las categorías que, un tanto osadamente, vengo denominando “atlánticas” muy poco tienen que ver con las del ámbito mesetario y mediterráneo. No se pretende descubrir nada nuevo que no haya sido previamente intuido y señalado por otros (p.e. la acertada réplica teórica de X.X. Sánchez Vicente a Ortega en su obra *La cultura asturiana: Dialéctica, narrativa y proyectabilidad*: Uviéu: Fundación Nueva Asturias). De lo que sí se trata, ciertamente, es ahondar en ese hecho “diferencial” que aglutinó en la modernidad nuestro modo de ser y vivir como asturianos: nuestra ruralidad-urbana, así como nuestra urbanidad-rural. Miles de asturianos nos hemos criado literalmente en ambos mundos, y hemos sabido de la honda interpenetración o influencia enriquecedora recíproca. La destrucción de nuestra ancestral institución, la casería, como unidad antropológica que engloba el ser de un país (su economía, su derecho, sus pautas de interacción social) y lo estructura en unidades dispersas, con una red de villas y polas, es un crimen equiparable al asesinato agónico de la lengua asturiana, la destrucción planificada de nuestro idioma milenario. Acaso nos percatemos cuando sea ya demasiado tarde y los asturianos, víctimas pero también culpables, vivamos adocenados en esa imbecilidad peligrosa: La Ciudad Astur, que va a ser una concentración municipal de un millón escaso de... ¿asturianos?, no, de súbditos de este Imperio encogido, pero de vieja factura urbana y latina, el Imperio español.

Utilizo la expresión de “nación atlántica” o “cultura atlántica” con el fin de no incurrir en errores académicos, y de no entrar en debates propios de disciplinas que no domino (especialmente, la Arqueología). Es evidente que la referencia estética y popular del término tiene que ver con lo “celta”. En las riberas atlánticas del viejo continente habitaron muchos pueblos que no siendo célticos puros o no siéndolo en absoluto, no obstante compartieron con ellos algunas influencias prerromanas y medievales, no latinas, por ser el Atlántico, para ellos, su *alternativo* “Mare Nostrum”. Desde hace bastantes siglos, los modos mediterráneos se nos vienen imponiendo. Uno recuerda perfectamente su niñez, llena de preguntas. A mis padres yo les preguntaba: ¿Por qué hay plazas de toros, si a nadie les gusta? (yo siempre viví a escasos metros de El Bibio, en Xixón, una plaza siempre sin corridas salvo escasos días de agosto), y ellos me decían imperturbables: Para los madrileños (los “turistas” por antonomasia). Igualmente me planteaba -en mi adolescencia- si había en mi país o en mi ciudad personajes como Manolo Escobar, y yo veía que no, salvo en un tablao marginal de Cimadevilla, tipos humanos por lo demás omnipresentes en las películas de la “Sesión de Tarde”. Yo veía en la tele aquellos patios blancos con un geranio rojo en medio de una maceta, cliché abusivo en la televisión “Española”, así como aquellos pueblos llenos de rejas y de cal cegadora, y no los identificaba en absoluto con mi país. Vivir fuera una buena temporada, años, sirve para completar los datos de lo que podría ser una buena nación atlántica, de un millón o dos de habitantes (aquí hay sitio para más, nos estamos

despoblando), civilizada, abierta, culta, santuario del socialismo -siempre necesitado de exportación- en toda esa España de charanga, pandereta, procesiones y curas pistoleros.

Llevo unos años denunciando el hecho de que la “reconversión” asturiana fue en realidad un ataque a nuestra nación, un “rebaje” de nuestras capacidades productivas y humanas decidido desde despachos madrileños y en connivencia con las instituciones autonómicas y europeas. No me siento solo, ni mucho menos, en estas denuncias. Solo para dar muestras de botón recientes, se pudo leer recientemente:

*“Los planes xeopolíticos de los gobiernos centrales no que cincaba a los exes de desendolcamientu nel territoriu español y a les tribes de producción que softitar, asina como la complicidá d’unos gobiernos autonómicos enllenos de políticos con mentalidá de xestores d’una colonia, dieron llugar al escenariu d’anguaño. Pa poco valieren les protestes nos valles mineros o nos barrios de Xixón. Lo que nun foron a callar les prexubilaciones calláronlo los antidisturbios. La decisión taba clara dende’l principiu: desanicjar Asturias arramplando colo más propio, los sectores primariu y secundariu (agricultura, ganadería, minería y industria). Tolo qu’asemeyara esquierda obrera radical había esborrarse, y tolo qu’asemeyase tradición campesina había apoquecese y camudase en tipismu”.* (José Carlos Loredó: *Les Noticias*, 26 de payares de 2006, p. 14).

Loredó analiza el fenómeno de las “leyendas urbanas” que tanto ha dado que hablar. Por un lado, el fenómeno sociolaboral de que la gente asturiana emigre exige explicaciones económicas y objetivas. Es fácil acudir a los factores mencionados: una industria y campo languidecientes como consecuencia de una estructura productiva colonial, dirigida desde cuarteles generales y coordinadas estratégicas sitas en Madrid, y no en el país mismo. Por otro lado, tiene mucho interés sociológico y político el intento manipulador de “aminorar”, desde el PSOE y su *nomenklatura* la realidad exacta de esa desertización humana (sobre todo juvenil y cualificada).

La estrategia de ponernos y quitarnos capacidades productivas *ad libitum* ni siquiera está basada siempre en criterios de competitividad neoliberal, capitalista, como se nos quiere dar a entender desde los poderes. Son criterios puramente territoriales, “imperiales”. Un “imperio”, aunque sea de pacotilla, es lo que muchas elites desean seguir viendo en España desde el kilómetro cero de Madrid. Estas elites, al no poder *caciplar* [*manipular*, en asturiano] en autonomías “fuertes” (casi no hace falta decirlo, Euskadi y Catalunya) se alivian con la existencia de territorios con capacidad de respuesta disminuida, sojuzgados de facto, como si fueran una especie de garantía de continuidad estratégica de ese estado post-imperial al que se da en llamar España. Después de los “palos” que –literalmente- llovieron sobre la clase obrera asturiana, las capacidades contestatarias de la sociedad asturiana están muy menguadas. Solo así se explica que en medio de una “crisis” crónica aceptemos, por ejemplo, que nuestro territorio, nada menos que un “Principado”, vaya a convertirse en el mayor basurero de Europa. Otra de las plumas denunciantes de nuestra colonización humillante, Miguel A. Llana, ha acertado de pleno en su diagnóstico. Como toda colonia ha de especializarse en algo, con la construcción del Muselón [un puerto gigante, ampliación del actual de Xixón] y la producción ultra-contaminante de energía barata y subvencionada, al servicio de las multinacionales y de intereses no asturianos, podemos ufarnos de ser ese enorme *basurero* de Yellowstone en plena Europa, el Paraíso Natural más degradado desde los tiempos de Adán y Eva.

Otra muestra de que hay articulistas competentes que denuncian nuestra alienación particular como asturianos, galopante diría yo, la encontramos en el economista David Rivas, quien unas semanas más atrás, en el mismo semanario *Les Noticias*, también señalaba cómo nuestro país producía energía contaminante y bienes intermedios de alto coste medioambiental, paisajístico y cultural, de los que se benefician otras comunidades sin tener que ensuciar nada de sus respectivos “paraísos”. Es obvio para mí que esta situación es “colonial”, y obedece a una estrategia planificada de orientación productiva, donde se jerarquizan las relaciones entre un centro “planificador” y una periferia “colonizada” y sometida. Asturias es esa periferia, y no sólo en un sentido geográfico. Por otra parte, toda población de una colonia es víctima de un proceso de *interiorización de la mentalidad de colonizado, de pueblo sometido*. Esto sucede ahora con los asturianos. Sus propios líderes políticos, junto a una caterva de periodistas, catedráticos, etc. , le dicen a su pueblo que hay que abandonar la mentalidad de “perceptores pasivos de rentas”, o sea, de subsidiados. Que Asturias es España, principalmente, porque está subvencionada por el estado español. Y hay que *amar* (con “adhesión inquebrantable”) a quien nos da de comer... ¡Mentira podrida! Viendo las coyunturas históricas recientes, es justo que a Asturias se le devuelva en parte la mucha riqueza y rentas que con su dolorosa industrialización pudo aportar a una gran parte de la España subdesarrollada. Pueblos y comarcas enteras de la Meseta, Andalucía, Extermadura, etc. , se desarrollaron en parte gracias a la oferta de mano de obra que en nuestro país tuvo lugar. Desde aquí estos emigrantes enviaban parte de sus rentas a sus pueblos de origen, alcanzaron mejores cuotas de formación profesional y académica cuando regresaron, y Asturias les sacó directamente del hambre. Asturias fue, quizá a la fuerza, *motor de desarrollo* para esa España atrasada. Ideas de este calado, a pocos más autores, además del profesor Rivas, se les puede escuchar en este universo de intelectuales asturianos más o menos comprados o censurados. Es justo que este estado español, este “Imperio” de pacotilla que nunca fue capaz de integrar sus diversos territorios y naciones, devuelva lo mucho que Asturias contribuyó a su desarrollo. Asturias hizo mucho porque España fuera menos “africana” y sí más “europea”. Y no estamos hablando de los tiempos de Don Pelayo: la segunda mitad del siglo XX, de donde venimos directamente. Y ahora es el colmo que nos digan ciertos próceres que lo único que nos cabe hacer es alargar la mano, pedir, callar, dar las gracias... Y amar España. Es hora de que recuperemos nuestra soberanía económica.

O sea: voces que denuncian, las hay. Muchas otras quizá se podrían apuntar. Haría falta que esa denuncia se hiciera masiva. Que en las calles el clamor, la presión sobre nuestros agentes colonialistas (la FSA, especialmente) fuera constante e implacable. La chulería y prepotencia con que los socialistas se conducen en ciertos temas clave para nuestra “autoestima” como asturianos (la *llingua* asturiana, la reforma inaplazable del estatuto, nuestra autodefinición nacional) exigiría la creación de un fuerte y bien organizado movimiento de “acoso y recibo”. Un frente donde se unieran todas las fuerzas progresistas (la izquierda, el nacionalismo, los movimientos sociales de todo tipo) que focalizaran todo su malestar sobre un adversario y un obstáculo manifiesto para nuestra existencia como nación: contra el PSOE. Los pocos que levantan la voz, son reprimidos, se les cita en los juzgados. Por otro lado, lo que algunos no encuentran en las dádivas del PSOE, corren a la puerta del PP a ver si la limosna les cae (la limosna ahora sería, por ejemplo, la oficialidad del asturiano). Lo que no se “otorga” de veras, con un poco de altura de miras y de sentido nacional, quizá quieran darlo bajo forma “secuestrada”, esto es, una oficialidad del bable esposada y de la mano del gallego y del

español. Y todo el mundo a decir “¡Gracias!”. Es algo patético. Hace tiempo que vengo diciendo que en Asturias respiro miedo. El fascismo larvado se respira por doquier. Y eso se lo debemos al pacto PSOE-IU-BA, es decir a toda esa izquierda “con voluntad de poder” que excluye a una sociedad real que desearía ir por otros derroteros, pero que está secuestrada bajo el enorme organigrama de despachos, incluyendo los del SOMA [versión ástur-minera de la UGT] y el paraguas de los millonarios fondos económicos que controlan.

No se detiene esta degradación cambiando un poco la correlación electoral de fuerzas en la próxima convocatoria. Claro que no. Se empieza perdiendo el miedo a hablar. Hay foros en los que planteas temas como la autodeterminación de Asturias, el derecho -al menos- de tener un autogobierno de primera, etc., y poco más o menos vienen a calificarte de chiflado o radical. Justamente unos temas en los que gallegos, vascos y catalanes llevan años debatiendo, y apoyando, como se demuestra en la militancia y voto de cientos de miles de ciudadanos de esos países que, lo siento mucho, nadie los puede tomar por “chiflados”. ¿Qué nos falta en Asturias? ¿Qué clase de tara aqueja a nuestra gente? Pregunto yo. ¿Nos falta “realidad nacional”? Nadie de Asturias que haya visitado o vivido en los otros tres países mencionados podrá decir que Asturias es “menos nación” que ellos. Psicológicamente, colectivamente, nos falta eso que se llama “autoestima”. Para mí, más bien nos la han quitado. Compárese con lo que ocurre en los otros países ibéricos. Lo que es cierto es que en cualquier telediario vemos cómo son tratados ciertos líderes vergonzosos del españolismo cuando, después de haber humillado públicamente a la lengua, la cultura o el país en cuestión, tienen encima el atrevimiento de viajar a esas periferias a recabar votos en campaña, o hacerse ver en esas tierras como si su prepotencia no fuera a tener consecuencias. ¿Que cómo se les trata? A gorrazos. Los echan, literalmente, a gorrazos. Tienen que agachar la cerviz y su orgullo tan “de españoles” y marchar por la puerta de atrás, escoltados. Yo no soy partidario de la violencia. Que conste. Pero creo que las aguantaderas de los asturianos están alcanzando unos niveles de “auto-odio” insuperables. Se ríen de nosotros. Y nos dejamos golpear.

*6. Una Asturias Libre y Soberana.* Asturias tiene derecho a la autodeterminación. Todo pueblo lo tiene. Ya dejé por escrito en otras ocasiones que ese derecho me parece, referido a los pueblos, en el plano colectivo, lo que es el derecho a la vida en el plano de la persona individual. Algo irrenunciable. Algo innegociable, que no se otorga ni se mercadea. Forma parte intrínseca de un colectivo que como pueblo o nación sabe reconocerse como tal.

Pero en Asturias hay miedo. Lo creo de veras, y lo percibo en cada acontecimiento político-represivo que sale a la luz. El miedo lo provocan los agentes del españolismo. Esto es, la FSA (Federación Socialista Asturiana, o sea, PSOE) con sus aliados y hermanos de sangre, PP e IU. Como solo pueden pensar en clave española, lo que tienen muy claro estos señores es que hay que evitar lo que ellos llaman (perversamente) “euskaldunización” del descontento (del conflicto) asturiano. Y como medicina, no se les ocurre otra que la represión preventiva. En nuestro país, la represión preventiva consiste en llevar a juicio, detener, multar o amordazar a personas y colectivos que, habiendo ejercido su derecho a la libertad de expresión y su derecho a la protesta por medios incruentos, algo democráticamente legítimo, por el contrario se les imputan delitos de una gravedad mayúscula y se les suele aplicar sanciones y penas

desproporcionadas o injustificables. Pero se justifica como preventiva, pues se pretende así cortar por lo sano, evitar que la protesta y el descontento vayan a más. Antiguamente también se conocían estas medidas bajo la rúbrica de “castigos ejemplarizantes”.

No se entiende, en un contexto democrático y europeo, que unos dirigentes sindicales (Carnero y Morala) vayan a la cárcel, por hacer lo que su responsabilidad les exige, protestar. Que unos militantes de la reivindicación lingüística pro oficialidad de la *llingua* asturiana vayan al juzgado, igualmente, solo por ejercer un derecho cívico, protestar. Que un ciudadano, sin más indicios que los de militar en fuerzas políticas extraparlamentarias, por ejemplo, sea objeto de sospechas policiales y acusado de connivencias terroristas. Todo este “Principado” en que vivimos es el reino del miedo. Y el miedo es producto y causa, a un tiempo, del Fascismo.

Tras una historia reciente, en que la izquierda asturiana recordó siempre con orgullo sus gestos revolucionarios y su rebeldía, casi diríamos congénita, hoy vivimos en un “Principado” donde aquel que se mueve un poco, se encuentra con la ley de la porra. Qué lejos parece, en este contexto, nuestro Octubre Asturiano de 1934, nuestra guerra revolucionaria de 1936-37, nuestro carácter de vanguardia en las huelgas revolucionarias contra el fascismo de Franco, desde los años 40, y luego repetidas en las décadas del 50, del 60 y del 70. Nuestra resistencia roja en los montes, en plena posguerra. Nuestra oposición tenaz y firme al fascismo español, incluso después de la derrota militar, trasladada desde los frentes hasta los montes o los comités de huelga. Historia lejana, mirando ahora el presente. Fuimos vanguardia de la resistencia proletaria y ahora en cambio tenemos la mordaza puesta y, como se ha oído decir por ahí, la dinamita parece que ahora está inservible.

El truco que ha montado el PSOE, y los otros dos partidos españoles, colegas suyos, PP e IU, consiste precisamente en proyectar los fantasmas que ven en otros países del estado para aplicarlos (preventivamente) sobre el conflicto nuestro. Dado que en Asturias poseen un grado mucho mayor de autoritarismo, de mayor margen de maniobra despótica, estos partidos prepotentes se creen con el derecho de llevar el país con una fusta, insultar a la disidencia y criminalizar al que no es como ellos. Son actitudes muy poco democráticas. Con las fuerzas políticas de este tipo uno está tentado a emplear explicaciones casi freudianas, como es el mecanismo psíquico de la *compensación: la patada que no pude darle a este individuo, a quien temo, se la doy a este otro, a quien puedo*. De todas maneras, aunque creo que algo de esto pueda suceder, la clave general de la ola de la represión que se extiende sobre el país asturiano es de índole estrictamente política, más que psicológica.

La clave política está en que nos gobierna un partido español y, a diferencia de otras federaciones socialistas del estado, ultra-españolista, que es incapaz de analizar los problemas de Asturias en sí misma considerada, sino solo como pieza de un estado que, por su misma plurinacionalidad, a duras penas reconocida, debe ser gobernado con sentido geoestratégico: concediendo a unos países lo que se les niega a otros. Eso es la geoestrategia. En política económica hubimos de sufrir una mutilación de nuestras potencialidades productivas, alejándonos de la autosuficiencia y convirtiéndonos en colonia minero-industrial. La colonia se ve ahora liquidada y alcanzar la autosuficiencia productiva (que incluye la diversificación de sectores, que España nos negó antaño) es una tarea que va a requerir mucho tiempo y esfuerzo. Pues bien, la superestructura (y perdónenme los no marxistas) siempre refleja o reproduce la base. Eso creo. Pues la

colonia destruida en economía, es también solar vacío en política. Este, el asturiano, es ahora un solar de libre disposición para el Estado. Un estado español que ha puesto aquí unos caseros y unos perros de presa, para que no acampen gentes que para ellos son indeseables. Pero es que en este solar viven asturianos, y más tarde o más temprano van a reclamar lo que es suyo. La FSA-PSOE (y el resto del cortejo de partidos españoles), al proyectar fantasmas y temores traídos de otras partes, enviciarán más y más el ambiente. Todavía no se ha completado el ciclo, queda por tocar fondo. No conseguirán lo que pretenden soterradamente, es decir, provocar a sus *adversarios* hasta el punto en que estos se harten, *transformándolos* en enemigos, encabronándolos, y completar el proceso represivo. Pero la sociedad asturiana, especialmente las clases trabajadoras y los sectores oprimidos, es una sociedad madura. Quizá esté, en comparación con el pasado, algo dormida. Pero creo que aquí tenemos todavía sentido de la responsabilidad y madurez política. Pero el refrán dice que el que siembra vientos recoge tempestades.

7. *La estrategia de neutralización nacional.* En estos momentos, dentro del contexto del Estado Español, no hay ninguna fuerza política de masas que cuestione verdaderamente el sistema capitalismo imperante. De sobra conocida es la deriva, no ya socialdemócrata, sino neoliberal de organizaciones parlamentarias que se reclaman de la izquierda (PSOE e IU). En los largos periodos de gobierno en que esa “izquierda” socialista ha ocupado el poder, ni la más mínima limitación significativa al poder del capital ha sido establecida. Y los socialistas, en alianzas constantes con los “comunistas” de IU, han llevado a cabo las más feroces reconversiones industriales, mineras, agrarias. En connivencia con los sindicatos UGT y CCOO, y especialmente, con sus cúpulas burocráticas, el Estado ha profundizado en sus cauces de desertización industrial y agraria. Como Estado a escala general, y en algunas comarcas de manera específica, el bajón de actividad primaria y secundaria fue espectacular a causa de una abyecta sumisión a los dictados burocráticos europeos. El Capital europeo, sirviéndose de sus chupatintas en la Unión, coopta fácilmente a sus homólogos locales del Estado Español para evitar la autosuficiencia del mismo, y, de forma aún más profunda, para impedir la autarquía de sus comunidades. Los dictados mediante los cuales se impidió la supervivencia autónoma del campo, así como de la actividad industrial de no pocas comarcas fueron en todo coincidentes con un anhelo globalizador por parte del Capital. Los nuevos ciclos de concentración y acumulación de Capital a escala mundial exigen enérgicamente restar todo tipo de soberanía local y nacional a las comunidades ingresadas en la UE. Tal y como funciona el Capital internacional y europeo, cada islote del continente que permanezca “desconectado” del gran proceso globalizador es una especie de lastre, de impedimento para un deseado “flujo de capitales” que, en rigor, va a parar en unos pocos bolsillos acumuladores. Por ejemplo, y por hablar de mi país, Asturias, que es el caso que mejor conozco y del que tengo experiencias directas, una autosuficiencia comunitaria que venía siendo amenazada desde tiempo atrás, fue sacrificada en aras de una de las Reconversiones más salvajes –quizá- de la historia de nuestro entorno. Se hizo con mano dura, bajo lluvias de palos policiales y entre auténticas batallas campales. La ordenaron unos políticos y unos burócratas que se tenían por “progresistas” (y siguen considerándose así). La mejor forma de acometer tales bárbaras reconversiones es bajo un gobierno estatal y autonómico de tradición y simbología izquierdista, aun cuando los contenidos reales de sus políticas ya no puedan engañar a nadie. Y así fue que la Reconversión, como si de una ineluctable ley natural se tratase, tuvo lugar. En nombre del Progreso hubo que “sacrificar” Asturias como país y como reducto de una clase obrera organizada. Ha de recordarse que Asturias fue, desde mediados del siglo XIX, una de las primeras regiones del Estado en

industrializarse, junto con la provincia de Vizcaya, Barcelona y otros escasos islotes más. Una de las primeras en conocer un tramo de ferrocarril. Su tradición minera, siderúrgica y su muy concienciada clase obrera, hizo que las tácticas de lucha sindical e incluso revolucionaria se constituyeran en el país astur como en un escenario privilegiado. A pesar de la feroz represión de la Comuna Asturiana de 1934 y de 1937, el país siguió plantando cara al dictador Franco con huelgas generales en las minas en plenos años 40, que regularmente se volvieron a convocar en los 50, 60 y 70. Al mismo tiempo, un verdadero ejército guerrillero hostigó al Caudillo desde sus montes, a la espera de una insurrección general apoyada desde el exterior, en una tentativa irredenta que hubo de cesar sólo por haber sido traicionada desde fuera. Ahora quedan muy pocos obreros. Las luchas sociales son sordas, apenas trascienden al resto del estado, muy dificultadas a la hora de concitar su solidaridad. La bajada demográfica, productiva, y reivindicativa en mi país, alcanzó extremos de etnocidio, sin que por ello no deje de cebarse el Estado en oleadas de represión feroz, como hemos visto recientemente en el sector Naval y los juicios en Xixón contra los sindicalistas Carnero y Morala.

El movimiento obrero de todos los países de nuestro entorno debería tener en cuenta que ninguna medida político-económica se toma (solamente) en atención a criterios puramente “técnicos” en pro de una mayor y mejor acumulación del Capital en unas determinadas manos privadas. Toda medida de cierre de empresas y de neutralización de movimientos obreros obedece también a una estrategia política, y tiñe el telos último de Capitalismo, acumular más y mejor la plusvalía, con decisiones político-ideológicas intermedias. El caso asturiano es un ejemplo “de laboratorio” para entender los procesos de reorganización del Capitalismo español y europeo desde los tiempos socialistas del “Pelotazo” (la era de Felipe González). Se trató de neutralizar contundentemente a todo un país con potencial reivindicativo – y no solamente en el ámbito de la llamada “conflictividad laboral”- con el fin de “atender” geoestratégicamente a otras comunidades con mayor peso demográfico y económico. Si esas otras comunidades unen la causa obrera a reivindicaciones de índole nacional o identitario, el Estado Español tiene un problema. En el caso de una neutralización Asturias fue de todo punto prioritario para la burguesía caciquil española lograr reconducir allí toda oposición obrera al monotema de la “competitividad” sacrosanta que se exigía desde Bruselas y Madrid, y poder redirigir las luchas por los cauces estrictamente laborales, desconectando en la medida de lo posible ese malestar de todo cuanto pudiese significar el rechazo que un país –en su conjunto, al estilo “Fuenteovejuna, todos a una”- puede sentir ante su etnocidio. Dejar sin tejido productivo a todo un país no fue (solamente) una decisión puramente “técnica” bajo criterios economicistas neoliberales. La extinción de una industria y de un modo agrario de vida profundamente arraigados en la conciencia de todo un pueblo, fue exactamente el intento de domesticarlo y hacerlo desaparecer del mapa. El plan no fue sino convertir a Asturias en una reserva para la emisión de titulados a España, y de criados para la admisión de turistas de España. Así, la burguesía española pudo atender los sarpullidos que le salieran en Euskal Herria, en Catalunya o dondequiera que surgiesen, sin miedo a que le aparecieran otros nuevos.

Me hace mucha gracia cuando algunos que se reclaman del marxismo entienden las luchas nacionales (a menudo interclasistas, aunque generalmente con gran liderazgo obrero o campesino) como incompatibles o contradictorias con la lucha socialista general contra la dictadura del Capital. ¿Ignoran que el Capital elige aparatos represivos de Estado para decidir dónde dejar caer mejor sus golpes, en qué momento, bajo qué circunstancias? ¿Desconocen que el Estado es el instrumento más eficaz del Capital

para dar curso a mejores y más eficientes métodos de explotación de seres humanos, y que tal aparato planifica, divide fuerzas, posee estrategias y neutraliza países y territorios enteros para así satisfacer sus objetivos intermedios, vale decir, políticos? Pues el objetivo último del Capital ya es sabido: hacer del mundo un campo de concentración, el Fascismo Global, esto es: la explotación total del hombre sin lucha de clases, el nuevo esclavismo... Pero para llegar a ese objetivo último, es menester para él tener una estrategia política intermedia.

8. *La anomalía de la Nación Asturiana dentro del estado español.* No es normal la situación en Asturias. Esta puede ser todo lo que se quiera, menos normal. Desde los más diversos puntos de vista el país asturiano pasa por una ya larga etapa de anomalía democrática. Algo extraño sucede, y comprenderlo será clave para emprender una movilización adecuada. Se trata de una triple anomalía.

8.1. Anomalía lingüística. Llevamos tres décadas de parálisis, de marasmo. Justamente cuando en otros países del estado se iniciaban los movimientos de recuperación lingüística, en orden a alcanzar la cooficialidad de sus lenguas nacionales junto con el castellano, y alcanzar una normalización social y escolar de la misma (así con el euskera, gallego y catalán, especialmente), en Asturias se inicia también el movimiento político de recuperación lingüística, aunque sin alcanzar los resultados de otros lugares. Ahora que se podía haber superado el complejo de inferioridad que aqueja a los políticos asturianos dependientes de partidos españolistas/madrileños, seguimos estancados en este terreno. También habría sido tiempo para enterrar del todo los prejuicios de las elites de funcionarios, empresarios, intelectuales y sindicalistas. Estancamiento debido a un notable retraso en la conciencia nacional de éstas personas clave, que se demuestra en el hecho de que sigue sin haber un acuerdo entre las principales fuerzas político-sociales en este aspecto. Curiosamente, la lengua propia de un país como Asturias, que contó con su propio estado en época medieval, e instituciones soberanas de autogobierno hasta 1835, había llegado bien conservada y mayoritariamente hablada por las clases populares a la altura de principios del siglo XX. Incluso hoy en día es casi universalmente comprendida por los asturianos de origen, y funcionalmente puede ser utilizada –mejor o peor, en ausencia de una adecuada escolarización en ella- al menos por la mitad de los habitantes del país. Antes de los progresos lingüísticos que trajo la democracia formal al Estado Español, la situación sociolingüística del asturiano sería envidiable en comparación con la del euskera, y no muy diferente de la del gallego o el catalán. Sin embargo, la consideración social que las elites asturianas hacían de la lengua patria y que transmitían a los propios asturianos era, las más de las veces, de desprecio o infravaloración. Situación ésta que otros pueblos ibéricos con lengua propia habían superado mucho antes.

Hoy, tres décadas de Constitución que garantiza formalmente la oficialidad de las lenguas en sus respectivas Comunidades Autónomas, no han servido para nada en Asturias. Se puede plantear perfectamente la hipótesis de que las cúpulas de los grandes partidos españoles/madrileños han instruido la orden tajante, al menos desde 1978, de no oficializar ni una sola lengua ibérica más, dándose por agotado el cupo de Comunidades Autónomas que pueden alcanzar conciencia nacional, pues es evidente que en nuestro entorno geográfico-cultural, en Europa, la lengua es el instrumento y la expresión para el desarrollo de la conciencia nacional. Esta hipótesis, que en otros artículos he denominado “Estrategia de Neutralización Nacional”, no sólo viene refrendada por la conducta ultra-nacionalista española del PSOE, PP y PCE a lo largo

de su historia, y más exacerbada aún en sus respectivas sucursales asturianas, sino por su talibanismo lingüístico castellanista y anti-científico, negándole al asturiano su carácter de lengua o incluyéndola en el basurero de las “lenguas inferiores” (racismo lingüístico). Esta situación de abandono de la lengua nacional, y por ende, de abandono de los resortes de un resurgimiento nacional sólo puede ser entendida en términos de estrategia perfectamente planificada desde Madrid en connivencia con los agentes colonizadores locales y toda una corte de cipayos perfectamente instalada en Uviéu y en otros sitios clave de *su* “provincia”.

8. 2. Represión laboral y cívica. El grado que ésta ha alcanzado en nuestro país alcanzó unos niveles alarmantes en los últimos años. La impunidad con que actúa la extrema derecha en territorio asturiano, unida a la impunidad con que actúan y realizan declaraciones infamantes ciertos agitadores intelectuales cercanos al fascismo, son fenómenos que toman en Asturias unos visos insoportables. Este hecho se debe cotejar con la durísima represión policial y judicial de sindicalistas, activistas de la izquierda o pro-derechos nacionales y lingüísticos en los últimos tiempos. Si se tiene en cuenta que las últimas lluvias de palos policiales y las últimas fiebres gubernamentales y judiciales por encarcelar activistas se insertan en una larga historia de represión de la clase obrera y campesina podremos entender mejor la anomalía asturiana. Tras la muerte de Franco, y todavía más claro, tras la llegada de los felipistas al poder, Asturias solamente pudo ser *neutralizada* en los órdenes económico y social dentro del concierto de comunidades del Estado, por las vías de la represión llana y lisa. Sólo los antidisturbios pudieron cerrar las minas, las industrias, las caserías. La emigración forzosa y los subsidios hicieron el resto de la tarea sucia. El país ástur pasó de ser una potencia industrial y ganadera en una España atrasada y famélica, a la condición de geriátrico y paraíso para los turistas. Todavía hoy las cicatrices de esa “reconversión” -que más bien había de llamarse “neutralización”- son bien visibles. Una población envejecida, un campo fértil y consustancial a nuestra forma propia de vida, abandonado. Un potencial intelectual (el llamado “capital humano”) inmejorable pero desaprovechado en el contexto de un estado como España donde abunda el fracaso escolar, la poca formación y la economía-basura. Esta neutralización y subdesarrollo artificialmente provocados desde Madrid, desde Bruselas, es algo que no se corresponde con el ser de los asturianos. Algo que no se debería tolerar. Nuestro potencial se desaprovechó por medio de la represión laboral y la instrumentalización de las clases trabajadoras. Al ser dependientes de las inversiones gubernamentales y europeas, a la fuerza debemos ser igualmente dependientes de las *estrategias* (en el sentido militar de la palabra) de geodesarrollo que ellos prevén. Y esto no puede seguir siendo así. Se debe luchar por una planificación económica del país tomando como unidad y centro de decisiones el propio país ástur.

8. 3. Anomalía institucional. Asturias es hoy, dentro del orden constitucional vigente para todo el estado, una anomalía que llega incluso a expresarse de forma inexplicable – democráticamente inexplicable- en la misma denominación de la Comunidad Autónoma, así como en toda una serie de actos, fastos y rituales. El “Principado” supone para el país un lastre, un compromiso especial con la Casa Real actualmente instalada en el Poder, un vínculo expreso que resulta muy difícil de entender. No hay ningún motivo para vincular a todo un país con el título de Sucesor de la Corona. Resulta contradictorio revalidar después de 1978 un título creado en 1388. Creación que en aquella época se hizo con el ánimo de hacer de Asturias un país dependiente de los reyes castellanos. No se entiende que se revalide esa antigualla y esa denominación después de 1978 cuando se defiende al mismo tiempo y a escala oficial que la

legitimación de los actuales Borbones instalados en el trono procede en realidad de la aprobación popular de la Constitución. Ninguna otra comunidad del Estado ha reservado en su Estatuto ni en su Denominación Oficial un vínculo tal con una Casa Real. En lugar del nombrar al heredero del trono “Príncipe de España”, como se hacía en tiempos de Franco, nombrarlo “de Asturias” supone una especie de menoscabo para nuestro país y su voluntad de decidir. Voluntad de decidir como entidad colectiva *per se* (como país, nacionalidad, nación, comunidad histórica, lo que sea) independiente de los vaivenes políticos que acontezcan en el Estado Español. Independiente de la propia trayectoria de la Casa Real y de la Ocupación del Trono, independiente de la decisión hipotética de un cambio de régimen en el Estado y sustitución de la Monarquía por una República, e incluso, independiente de que el Estado en sí mismo, ya sea un reino o ya sea una república, adopte algún día una fórmula territorial y de convivencia claramente federal o confederal. Pase lo que pase el día de mañana con el Estado Español, la dependencia excesiva y formal de Asturias con la sucesión de esta Corona no puede ser más comprometedor y alienante. Aunque sea en el terreno simbólico y ceremonial sigue, año tras año, esa parafernalia del “Principado” que sólo sirve para seguir minusvalorándonos como colectividad diferenciada, libre, independiente de los intereses y las maniobras completamente espurias y extrañas a los asturianos. La existencia misma de la Fundación de los Premios Príncipe de Asturias, la caterva de aduladores y cortesanos que puebla el país (especialmente en los veranos) a nuestras expensas, y en fin, toda la agitación propia de la prensa rosa en torno a la figura de Leticia, constituyen un escándalo, una vergüenza y una humillación cotidianas. Impiden una vida democrática normal y una digna existencia nacional del país ástur. ¿Cuándo recuperará Asturias la normalidad institucional al margen de los cortesanos y de los boatos inventados por españolistas recalitrantes?

*9. Estructura étnica o esencial del País Ástur.* Hay quien se aprende una muletilla y no sale de ella con el fin de poder taparle la boca al adversario, ponerle etiquetas, colocarle al margen y así no entrar jamás en un debate argumental con él. Una de las muletillas no argumentales en boga es esa de calificar una ideología determinada de “esencialista”. Especialmente si se trata de una ideología nacionalista, que además se reclama marxista y revolucionaria.

Ante la acusación de que yo soy esencialista, y que mi nacionalismo es de esa clase tan despreciable que se da en llamar “esencialista”, no voy a hacer otra cosa que aceptarla. Estoy perfectamente de acuerdo con el diagnóstico. Soy esencialista, y así voy a hacer callar a mi adversario potencial, haciendo uso de la ironía socrática. A fin de cuentas, fue Sócrates el descubridor de la esencia (*ousía*), entendiéndolo por esencia *aquello que hace que una cosa sea la que realmente es*. Dicho de otra manera: esencia es *la naturaleza de una cosa, su fundamento constitutivo*. Hablando de naciones y nacionalismos políticos, admitiré con mis críticos que yo creo en una esencia de Asturias, que es mi país, desde el cual y para el cual defiendo mi nacionalismo.

¿Haré callar a todos esos de la muletilla? Posiblemente muchos lectores no crean que se pueda argumentar que las naciones posean algo así como una *esencia*. Les parecerá que la esencia es un vocablo demasiado clásico, trasnochado, incompatible con estos tiempos de posmodernismo y globalización. Les quisiera responder que precisamente en estos tiempos de cosmopolitismo y globalización ser clásico es ser revolucionario. En los clásicos (Sócrates, Platón, pero también Marx y Lenin) está la llama para transformar el mundo, y no en la basura ideológica de plumillas que pretenden disfrazar

con sofisterías un hecho indubitable: *que la mayoría de los Estados son agentes al servicio de la acumulación y concentración del Capital*. Un Capital cuya “tranquilidad” suele requerir (aunque no siempre) la *intangibilidad* de las presentes fronteras y de las actuales relaciones de poder y subordinación.

Por lo tanto concedo gustosamente que soy demasiado clásico al hablar de la esencia de Asturias, y demasiado clásico al declarar el carácter intrínsecamente revolucionario de su defensa. Al menos de su defensa teórico-política, como paso previo a una futura movilización efectiva de acuerdo con la ideología expuesta y argumentada. Asturias tiene una esencia, como tantas otras naciones sin estado que luchan por su reconocimiento y emancipación. Otra cosa muy diversa sería defender que las esencias nacionales son eternas, increadas, imposibles de concretar en términos de relaciones materiales (de producción). Aquí entra en escena otro Sócrates moderno, otro destructor implacable de las formaciones ideológicas falsas (la falsa conciencia): Karl Marx. Si uno defiende un nacionalismo esencialista, pero al mismo tiempo se reclama del marxismo, es bien claro que debe darse una aclaración de lo que entendemos por Esencia. Las esencias que yo defiendo son productos históricos, resultados objetivos de unas determinadas relaciones sociales y de producción que un pueblo ha mantenido a lo largo de su historia, con una continuidad temporal objetiva y un esquema de identidad que se preserva incluso a través de los cambios de época o de modo de producción. Es evidente, por ejemplo, que en mis escritos, desde aquel “Asturias no es España” que publiqué tiempo ha en *Rebelión*, hago un relato en el que me remonto muy atrás, a los ástures prerromanos, a los ástures del reino medieval independiente, a los asturianos ulteriores del reino leonés, castellano, y español. Dentro de éste último periodo, el del sojuzgamiento de Asturias dentro del Reino de España, también trazo de forma consciente una línea de continuidad, un esquema de identidad que se preserva antes y después de la revolución industrial. Habrá quien considere que son demasiados siglos, demasiadas transformaciones, incluidas las que se han dado en los modos de producción y en las relaciones sociales dentro de una comunidad milenaria, llamada, desde su contacto con Roma, de una misma manera: Asturias. Identidad de nombre porque se dio identidad de etnia, vale decir Nación.

Como marxista, entiendo pues la Esencia en un sentido claramente estructural. Son estructuras y relaciones estables entre elementos culturales, productivos, lingüísticos, etc., que han venido preservándose a lo largo de dos milenios. Que las intrusiones de modos de producción ajenos al de esa “esencia” originaria, como fue el capitalismo esclavista romano, en un tiempo antiguo, o el capitalismo industrial en el s. XIX, no consiguieron trastocar o aniquilar del todo la esencia nacional, esto es, un conjunto de relaciones estables de producción y sociabilidad, es algo crucial que defiendo. Hay muchos elementos de juicio para pensar que sí, que las naciones existen y que exhiben igualmente la tozudez y la manía de querer persistir en el tiempo, por encima y más allá de esos modos productivos importados, o por encima y más allá de ciertos marcos político-jurídicos que ora las ahogan, ora las oscurecen.

Espero haber aclarado que, en efecto, soy nacionalista y esencialista. Vale, lo admito. No hay más que leer muchos de mis artículos. Si para algunos eso significa “recalcitrante”, ese será solamente su juicio de valor. Para mí, significa por el contrario “revolucionario”. Sólo la verdad es revolucionaria. En otro orden de cosas, si la palabra “esencialista” significa para alguien algo así como “racista”, “xenófobo” o “chauvinista”, sólo le diré que está equivocado profundamente, y que no admito insultos

de ninguna clase. Ya está bien : no admito que se confundan las etnias con las razas. Una etnia (*ethnos*, nación) es un pueblo, una nación de gentes. Su conformación nada tiene que ver con la biología, salvo en tiempos prehistóricos muy remotos, unos tiempos incluso en los cuales hay que suponer movilidad de los grupos humanos y cruzamientos entre gentes genéticamente diversas. Poseer una lengua propia y establecer de forma milenaria unas relaciones estables con un determinado territorio, que a su vez le imprime, bajo leyes ecológicas inexorables, un carácter definido a la nación que lo habita, esos –digo- son los rasgos que definen a una etnia/nación y la hacen sentirse diferenciada (pero no necesariamente enemiga) de las demás.

Como marxista, además de nacionalista, no creo en las razas humanas, y menos en la superioridad de unas frente a otras. El nacionalismo marxista y revolucionario defiende la lucha universal de todos los pueblos por su liberación que, siendo política y nacional, es por fuerza y al mismo tiempo económica, pues los pueblos sin estado propio caen con frecuencia al nivel de colonia o protectorado. Esto es: un pueblo al que no se le reconoce su derecho a tomar decisiones y gobernarse plenamente a sí mismo, corre el riesgo objetivo de llevar una existencia alienada al servicio de otras entidades nacionales que le utilicen como campo de saqueo y extracción de recursos (humanos y materiales) baratos. No otra cosa es Asturias ante España desde la pérdida de su autogobierno soberano en 1835, y más en especial desde su conversión en Provincia (que viene del latín, *vencida*) bajo el régimen borbónico. Su situación de colonia marginada se agudizó con el advenimiento de la Revolución Industrial.

Ni los asturianos somos raza aparte, ni mejores, ni superiores. Lo mismo deben pensar la inmensa mayoría de los nacionalistas de otros países (vascos, catalanes, gallegos, etc.). El nacionalismo, y más el nacionalismo marxista, es un movimiento profundamente democrático que pretende remover la inercia de una educación falseadora acerca de las relaciones entre el Estado Español y los pueblos que éste administra hoy en día. Pretende también ser un acicate, un despertador para aquellos pueblos que –en una porción más o menos masiva- están aún aletargados por el opio emanado por el Reino/Estado español tras largas décadas de manipulación, represión y olvido interesado. No hay cosa más democrática que tratar de revisar un marco jurídico (La Constitución de 1978) que, según sus propios impulsores y redactores, fue concebida y promulgada en un clima de amenaza golpista e involución fascista. Si esa Constitución nació en un ambiente de “consenso a la fuerza”, amenazado por Espadones, y en el que hubo que aceptar “morcillas” que obligaban a establecer vínculos con el régimen de Franco (Monarquía, la “Indisoluble Unidad” de España, Autonomismo, Privilegios para la Iglesia Católica, etc.), es hora para que podamos revisar estos supuestos fundamentales del régimen democrático-formal emanado desde las estructuras franquistas. Creo que ser revolucionario es, en el fondo, ser demócrata hasta el tuétano. La toma leninista del Poder, por medio de un asalto repentino, no es la única forma de ser revolucionario. En cada momento y en cada formación social hay que adaptar los análisis políticos y las estrategias. Hoy, para Asturias y para el Estado Español, ser revolucionario significa sencillamente normalizar el pacto fundamental de convivencia, impugnarlo con el ánimo de establecer otro. Asturias sufre una triple anomalía que he denominado 1) Lingüística, 2) Represiva: Represión económico-laboral, y 3) Institucional, bajo la mascarada de su denominación oficial de “Principado” [véase mi artículo “La (triple) Anomalía Asturiana”]. Impugnar esa triple alienación es la tarea de todo revolucionario, de toda fuerza política y social en este pequeño y viejo país, tan olvidado incluso de los suyos. Para esa tarea es preciso un

frente, una alianza de fuerzas verdaderamente democráticas, que en nuestro contexto es lo que va a significar “fuerzas revolucionarias”. En ellas deberían convivir en una plataforma conjunta los nacionalistas con otros grupos de izquierda que reclamen y actualicen el pasado revolucionario de los asturianos, el espíritu de Octubre de 1934. La apisonadora que los partidos españoles mayoritarios (PSOE, PP, IU) ejercen sobre el país no puede ser más destructiva. Hay un pacto básico en las sucursales asturianas de estas tres fuerzas. Consiste en Neutralizar el país, su carácter y su lengua nacional. Consiste también en dejar al país aparcado en una marginalidad periférica y colonizada, después de haber sido una potencia industrial y uno de los territorios más avanzados en educación, sanidad, nivel de vida en general, así como en conciencia de clase [“Las Estrategias de Neutralización”].

Las causas de por qué tiene que darse esta Neutralización del País Asturiano son complejas de analizar. Un par de libros que tengo en prensa darán parte de la respuesta, así como artículos diversos que he publicado. En mi país he leído muy pocas voces críticas en un sentido parecido, no necesariamente en un sentido “nacionalista” y menos aún “etnicista”. Sólo podría citar una nómina de comentaristas que escriben en espacios de internet como *Infoasturies.net* y *Glaiú*, verdaderos reductos de la libertad de expresión.

Y es que en un país Neutralizado como Asturias, que podría albergar el doble de población (ahora somos un millón de almas), y un mayor nivel de vida, resulta en la actualidad demasiado fácil controlar la opinión pública. Los capitales que controlan radios, periódicos, cátedras, poseen una filiación españolista bien definida. A izquierda y derecha se difunde sin cesar el mito covadonguista (¡Toma Esencialismo!) según el cual Asturias es España y lo demás Tierra Conquistada. Esa necedad consiste en ver a Don Pelayo el antecedente directo del actual rey Juan Carlos, y en aquel Reino Ástur de la Alta Edad Media no un estado per se, con las características propias de la época (siglos VIII-X), independiente y formado mayoritariamente por la etnia ástur, sino la esencia primordial de lo español, el “embrión” de España. Esto sí es esencialismo rancio, señores míos. Esto sí que es metafísica barata y casposa, con perdón de don Claudio Sánchez Albornoz, Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal. Que el tradicionalismo de hace un siglo haya difundido ese mito de Covadonga-Cuna-de-España puede pasar, puede explicarse en su contexto. Que el covadonguismo/españolismo haya sido interiorizado por los propios asturianos, al menos desde el Padre Carballo (nuestro primer historiador, de la época llamada en España “Siglo de Oro”), también tiene causas psichistóricas que se pueden rastrear. Por ejemplo, el asturianista X.X. Sánchez-Vicente ha atinado en dichas causas, al exponer el complejo de inferioridad colectivo de muchos asturianos, inducido históricamente desde Castilla. Al pasar a ser un “Principado” anexionado por los reyes Castellanos (1388) y consolidarse dicha anexión a lo largo de los siglos XV y XVI, Asturias pasa a ser gradualmente una región pobre y marginada de la “Alta Política” imperialista. La pobreza del país y la emigración de asturianos a Castilla y Andalucía (¡Ay, la emigración de los asturianos, que nunca se terminará!), su anulación como entidad nacional, reducida su existencia a la de una Colonia marginal exigían de un mecanismo mental compensatorio: el grandonismo. Los asturianos anhelaron ser más españoles que nadie. Muchos hechos se oponían a una asimilación fácil. El lingüístico, entre ellos. El idioma asturiano fue poco a poco relegado por las propias elites nativas en su afán de ser más castellanos/españoles que nadie. Sin embargo, no hay que exagerar este punto. Sólo el franquismo aceleró la castellanización general de la sociedad. Es significativa la valoración y uso fluido que

del asturiano hizo Xovellanos, miembro de la elite más instruida e influyente de su época. Incluso hasta bien entrado el s. XX, una buena parte instruida de la sociedad nativa asturiana (burguesía, clero, nobleza) usaba el asturiano sin los complejos de inferioridad que el franquismo exacerbó posteriormente.

Al hecho lingüístico-diferencial hay que sumarle otros hechos étnicos no menos relevantes. Hasta tiempos recientes, casi no hubo visitante castellano/español o de otras nacionalidades que, al visitarnos, no se sorprendiera de nuestros hechos diferenciados. Los viajeros de otras épocas se sorprendían de que podían cruzar Asturias de cabo a rabo sin que se les robase ni una sola vez. Las casas no acostumbraban a tener rejas en sus ventanas (un “hecho diferencial” éste más propio del Sur, es decir, de España). La palabra dada por los naturales, nunca era traicionada. La relación del ser humano con el agro era completamente distinta a la castellana y a la mediterránea. La naturaleza no era, no es, para los asturianos un enemigo a abatir. El campo es también espacio de recreo y de civilidad. Desde tiempos remotos, las más salvajes montañas, los valles más escondidos, las aldeas más remotas, son por tradición y “por esencia” espacio para la *polis*: el asturiano lleva milenios civilizando su naturaleza frondosa por medio de un derecho consuetudinario y una democracia concejil que acaso sólo posean paralelos en Euskal Herria y en los también muy montañosos y civilizados cantones suizos.

El covadonguismo es aun hoy un mal a combatir. Los más centralistas de todos, los socialistas de la FSA y los conservadores del PP apelan a esa ideología cuando les conviene. Especialmente cuando les conviene neutralizar un nacionalismo íntimo y muy extendido en las clases populares asturianas. Ellos saben que hay una corriente subterránea, difusa, reprimida, de nacionalismo o soberanismo, que aún no está expresada electoralmente, pero que algún día sin duda lo hará. Antes de que el embrión se desarrolle del todo –pues en esto llevamos cierto retraso– atacan con saña el “esencialismo” de los nacionalistas, y hablan de un mundo plural y sin fronteras. Pero a la mínima, los españolistas que tan poco dicen creer en las fronteras apelan a esencialismos de los rancios, eternos y metafísicos, como ese de la Nación Española “prefigurada” en la Gesta de Don Pelayo. Y no solo socialistas y peperos. Eso se lo he leído al mismísimo Sr. Obispo, y a catedráticos de la Universidad que, en ciertos casos, dicen reclamarse de la Izquierda (y no precisamente de la Comunión Tradicionalista). ¡A dónde iremos a parar!

Si alguien me señala y me dice ¡esencialista! , por mi parte les responderé: ¡Sí! Hasta la médula. Pero no un esencialista que postule esencias inventadas como España. Sí, hasta el tuétano, pero no un esencialista que hable de una Nación española claramente inexistente en el siglo VIII, en tiempos de Pelayo, una España metafísicamente “prefigurada”. Hablo de la esencia (estructura de relaciones estables de producción y de convivencia) de un pueblo, el asturiano, que efectivamente contó con estructuras estatales propias desde aquella revuelta en Covadonga, si no mucho antes. Unas estructuras que, si fueron perdidas o aminoradas, no perdieron su carácter soberano ininterrumpido hasta 1835, pese a todas las trapacerías de los Austrias y de los Borbones. Un pueblo que supo reclamar para sí la soberanía enajenada –y a veces, olvidada– ante Napoleón en 1808, ante el Fascismo Español en 1934 y 1936-37, en innumerables huelgas e insurrecciones ante Franco durante toda la posguerra. Ahora es preciso hacer un frente común en el que nos podamos unir gentes muy diversas, pero con la convicción de que Asturias tiene una “esencia” en el sentido que llevo un tiempo explicando. No hay una sola forma de ser nacionalista o de ser revolucionario. Me

repugna por naturaleza ser dogmático en este como en otros temas. En la actual coyuntura se trata de unir fuerzas, brazos fuertes dispuestos a la lucha y a la defensa. Creer que Asturias merece la pena, y que debe recuperar su esencia es ahora lo más democrático de cuanto pueda hacerse.

10. *Entrismo y Entreguismo [en una parte del llamado movimiento "Asturianista"]*. La historia de un país, y en especial la historia reciente, no sólo se la disputan las tribus académicas. Su campo de combate no se limita a los libros y a las revistas científicas. Hay una arena donde sigue habiendo vencedores y vencidos, avances y retrocesos en la verdad. La verdad siempre se tiene que reconquistar. El pueblo, la nación, llega a archivar los acontecimientos de las últimas décadas, los hace suyos, los abarca con su mirada y su capacidad de recuerdo. Este ojo colectivo es siempre un punto de enfoque clasista. Los traumas y episodios de un país se recogen desde los cedazos de su propia clase social, y dentro de la clase, su propia experiencia biográfica y familiar.

La historia más reciente del país asturiano está ahí, circulando en medio de las conciencias de sus hijos. Es una historia oral poco recogida, un conjunto de traumas y sufrimientos que apenas se registran de forma sumaria en los textos académicos pero que conforman por necesidad el caudal del que puede nutrirse una acción política. Es en ese sentido en el cual el recuerdo del ayer puede valer para una movilización de cara al mañana. El objetivo de todos nosotros no debería ser otro que hacer salir a la superficie aquellas experiencias que, dentro de la clase trabajadora (obrero y campesino) y dentro de la propia familia, se han acumulado de forma larvada y reprimida. Para reconquistar nuestra propia historia como asturianos y como ciudadanos que, por fin, tras un largo silencio, vamos a recuperar la voz. Una voz para gritar.

Por un lado está la historia de una represión sangrienta. "Dos veces, dos, te la jugaste", Asturias: en 1934 y en 1937. En esas dos fechas nuestros mayores fueron derrotados. Militarmente, claro está, pero no moralmente. Un pequeño país explotado, sin apenas formación militar, una exigua nación de proletarios y campesinos –trabajadores todos– plantando cara a un ejército profesional hispano-moro, bien pertrechado y nutrido por los numerosos sectores reaccionarios que poblaban España en aquella fecha, no deja de constituir una gesta imponente de heroísmo colectivo.

Me da mucha pena el tratamiento que algunos que se dicen "asturianos" han dado a nuestros episodios revolucionarios de los años 30. Por vía familiar –la más íntima– muchos sabemos que el aplastamiento de la Asturias Revolucionaria fue vivida como una verdadera invasión extranjera. Tuvieron que ser tropas venidas de fuera las que sofocaran un movimiento popular y un poder soberano bastante bien organizado dada la escasez de los medios. Los reaccionarios locales pronto fueron sometidos bajo control. España tuvo en Asturias su "guerra de Africa". Aquel ejército con mandos corruptos, sempiterna ineficiencia latina y crueldad africana, ese ejército español vino a Asturias a hacer correr ríos de sangre. Pero, al margen de la memoria colectiva, del sentir popular, uno se asombra del tratamiento que en el propio país se le da. La izquierda española suele enmarcarlo en clave de utopía "internacionalista" mal entendida. Los "mineros" (como si sólo hubiesen hecho la revolución los mineros) querrían derribar el capitalismo y el fascismo (dos "ismos", siempre en trámite, por cierto, de identificación esencial) empezando en este pequeño y viejo trozo de Europa, Asturias. La interpretación mal llamada "internacionalista", que en Uviéu procede seguramente de los laboratorios y cocinas de académicos vinculados al PCE, no se sostiene. Parece

absurdo explicar los hechos asturianos revolucionarios como meros episodios de la “lucha de clases” mundial. Fueron eso, pero también fueron mucho más que eso: la lucha de una nación campesina y obrera por librarse de un Estado Español Fascista y Reaccionario.

La interpretación historiográfica de la Izquierda Oficial (bien instalada en las numerosas cátedras y poltronas que hay en el país al servicio de España) no llegó a cundir únicamente entre sus afines, esto es, militantes y simpatizantes del PCE y del PSOE, sino en otros sectores dignos de ser tenidos en cuenta. Por ejemplo, en el llamado “asturianismo”. Se entiende por tal ese difuso y fragmentado sector de los asturianos que, temerosos de dar un paso decidido hacia el nacionalismo político, se quedan a mitad de camino en su lista de reivindicaciones, optando por centrarse nada más en la reivindicación lingüística y, a lo sumo, algunos otros aspectos folclóricos. Aunque la reivindicación lingüística en el país nace hacia 1974 con inequívocos elementos de nacionalismo político, originándose con el ya mítico *Conceyu Bable*, poco a poco la fragmentación ideológica de sus miembros y seguidores hace que una parte de estos sectores se haya retirado a la pura cuestión lingüística y literaria, como si con el tema del bable/asturiano –y nada más– pudiera reivindicarse el hecho nacional del país. Pues bien ese “asturianismo”, desde hace años ha repudiado la propia historia reciente del país. Muchos de sus líderes más respetados declaran que nuestros episodios revolucionarios fueron un “error” o un “*embarcazu*” (desengaño). Desde luego con estos mimbres de “asturianismo” no se va a poder construir nación alguna ni el Cristo que la Fundó. Si los hechos decisivos de la Revolución y del Soberanismo que, una vez derrotados, han definido en la memoria colectiva a nuestro país *frente a* España y a lo que ese Estado representaba en aquellas fechas, es repudiado y despreciado por estos sectores del regionalismo, esto quiere decir que ellos viven en efecto en una Asturias imaginaria, una Arcadia que –desde el Autonomismo– podrá acceder al estatus de “región española” con su anhelada triple oficialidad para el país (castellano, asturiano, gallego), Arcadia en la que nunca hubo represión. El llamado “asturianismo”, regionalismo es y no otra cosa. No se construye una nación nada más que editando con subvención un libro de poemas en asturiano, elaborando un estudio sobre la proclisis y la enclisis en dicha lengua o cantando tonada mezclada con el jazz-rock. No señores, no. Y conste que siento un gran respeto por los tres ejemplos que he dado. Si esas y otras cosas se hacen con amor, y se hacen bien, bienvenidas sean. Pero no nos equivoquemos de plano. Si la actividad intelectual, artística, política, etc., del asturiano –sea elaborada en español o en lengua asturiana– no se ve enmarcada en una lucha por la emancipación nacional, más allá de los méritos del individuo responsable, esto es algo que no va a tener nada que ver con un proceso de construcción y rescate del país. Si se renuncia a la historia real de nuestros episodios revolucionarios, si a lo que se aspira nada más de cara al futuro es a ser una autonomía española un poco más colorida con su famoso “trilingüismo” y quizá a fundar un Centro de la Tonada junto a otros cientos de centros temáticos más ya existentes (de la Madreña, de la Fabada, de la Sidra, del Hórreo...) estos regionalistas pueden estar seguros de que ya andan muy cerca de sus objetivos. Sólo les pedirán algún día un certificado expreso o una declaración jurada de “españolidad”, y entonces se convertirán en individuos plenamente recuperables para el “*sistema de libertades que todos –los españoles– nos hemos dado en 1978*” y demás verborrea litúrgica. Parece que la nueva tendencia “asturianista” tendente a disociar la reivindicación lingüística de la reivindicación nacional (alguno bien hablado dice “nacionalitaria”) parece ir en ese sentido. El sentido del Regionalismo, que es bien conocido y viejo en nuestro patrimonio cultural: regionalismo covadonguista y

folklórico. Muchos clásicos de nuestra lengua – Teodoro Cuesta, Fernán Coronas- se deshacían en su “amor” a España, bajo advocación mariana a la Santina. Que no se piense que el famoso “covadonguismo” es exclusivo engendro salido de fuera de nuestros montes. Aquí mismo lo hemos cocinado a fuego lento, entre otras muchas morcillas y acompañamientos que sirven de lastre y recargo.

El Regionalismo de otros países cumplió, por hablar en el lenguaje dialéctico, la “misión histórica” de abrir el paso a las nuevas generaciones ya abiertamente nacionalistas. De la defensa de lo propio en un sentido cultural, lingüístico, etc., sin cuestionar en ningún momento la unión del estado/reino de España, se pasó de forma natural a la reivindicación nacional, que ya es reivindicación política. Así ocurrió en el último siglo y medio en los tres países hermanos (Galicia, País Vasco, Cataluña) que en esto nos llevan ventaja. Por nuestro lado, los asturianos despertamos a ese regionalismo en una misma época – mediados del s. XIX- y bajo proyectos de parecida factura. Con los precedentes de Xovellanos y Caveda se pensó en normalizar el idioma nacional, dignificarlo e “institucionalizarlo”, se estudio más la etnografía y el folclore... Si tales proyectos fracasaron no fue tanto por falta de apoyo popular o escasa capacidad de sus impulsores. Ni mucho menos cabe explicar el truncamiento de aquel regionalismo ástur previo al Octubre de 1934 a esta misma revolución en sí misma, al “embarcazu” (desengaño) de la misma. La culpa del declive del regionalismo estuvo en la feroz represión. Hay toda una corriente del asturianismo actual que “lamenta” que aquí, en la Asturias Roja, los mineros fueran tan dinamiteros como para hacer saltar por los aires un proyecto de estatuto de autonomía en el seno de la República Española. ¿De veras se piensa que el proyecto de Sabino Alvarez Gendín, el después famoso rector fascista, iba a ser una maravilla para el país? Pero dejemos la historia-ficción. Yo creo, desde luego, que es verdadera historia-ficción esa tesis implícita en muchos asturianistas actuales que se preguntan “¿Qué hubiera pasado si...?”. El hecho es que tal cosa no sucedió. El hecho fue que Xovellanos no fundó una Academia de la Llingua Asturiana. El hecho fue que a Caveda le interesaba llevar una carrera política Española. El hecho fue que el Vizconde de Campogrande era de veras un hombre muy conservador y españolista, a quien el tema del bable le traía un poco al paio... No podemos inventarnos una historia “asturianista” ficticia, irreal, irrespetuosa con la verdad, creadora de mitos fantásticos. El Covadonguismo –mito que alude a una esencia atemporal, la España “prefigurada” por el *Asturorum Regnum*- sigue presente en la literatura de tantos y tantos “asturianistas” actuales. Quizá sea un Covadonguismo/Grandonismo más disimulado que el de otras épocas. Se elude el Octubre Asturiano, pero en cambio tratan de hacer “neutrales” a otros elementos de la historia del país.

La neutralidad ideológica del bable durante la posguerra franquista constituye uno de los mitos que más gracia –por no decir tristura- me hace. En el libro de Pablo San Martín, *La Nación (Im)posible*, [Editorial Trabe] se apunta la tesis de que el régimen no necesitó reprimir una lengua como la nuestra, que ya desde mucho antes venía siendo arrinconada y despreciada. Pero la verdad es que podrían ser legión los niños, hoy ya mayores o fallecidos, que han recibido sopapos o golpes de regla en las puntas de las manos por soltar un “ye”, un simple e inofensivo “ye” asturiano, en vez de un “es” castellano. Podríamos hablar de las multas a maestros que empleaban el idioma en vez del español, ese idioma que (a decir del Borbón de turno) “nunca fue de imposición”. Podríamos hablar de las burlas y humillaciones públicas que los Maestros Nacionales hacían a los niños “aldeanos”. Que los métodos represivos no fueron los mismos que el

fascismo ejecutó en Euskal Herria y Cataluña, donde había una clase burguesa muy organizada políticamente en torno a la cultura nacional propia y a su lengua, sea. Concedámoslo. Pero que el bable no fue reprimido con el franquismo... es una afirmación que clama al cielo. Del mismo jaez es esa tesis que otros “asturianistas” sostienen según la cual el idioma asturiano estuvo representado en los dos bandos de la llamada Guerra Civil. Tal vez parezca así superficialmente, si elegimos figuras aisladas, tal y como nos las pueda mostrar un manual de historia de nuestra literatura. Por ejemplo, un Matías Conde, republicano de izquierdas y exiliado frente a un Constantino Cabal, conservador primero, y adicto al régimen fascista después. Pero así no se puede enfocar el tema. Lo que hay que ver es qué lengua hablaban mayoritariamente los vencidos, y analizar con qué grado de naturalidad la empleaban en el teatro popular, en las fiestas, en las asambleas. Si tuviéramos la oportunidad de comparar el idioma de los vencedores en cuanto que miembros de una clase, por ejemplo, los propietarios de casas en la Calle Corrida de Xixón, con el de sus criadas y con el de los obreros (ora aldeanos, ora proletarios) que se emparejaban con esas criadas, veríamos que los dos idiomas casi estaban tan separados como las mismas aceras por donde los “señores” y la “magaya” [sustancia o gente despreciable, en asturiano] –como decían los “señores”– respectivamente circulaban. Había una nítida separación clasista, lo cual no quiere decir que algún elemento particular cultivase el asturiano aun siendo amigo de los fascistas. Si el bable relamido de Cabal, por ejemplo, tiene que ver con nuestra historia como pueblo, que venga Dios y lo vea. Junto con el españolismo agresivo de nuestros días, se puede decir verdaderamente que ciertas confusiones y errores de un cierto “asturianismo”, ya sean estas intencionadas políticamente, ya sean producto de la ignorancia, son los causantes de que hoy por hoy, no se dé el desarrollo de un fuerte nacionalismo asturiano de carácter político. Trataremos de desarrollar algunos errores de un cierto “asturianismo” haciendo nuestra la tesis socrática según la cual “el Mal es Ignorancia”, que por supuesto implica recíprocamente decir que, en estos temas, como en otros, “la Ignorancia es el Mal”, y señalaremos algunos de esos obstáculos subjetivos que impiden un desarrollo fuerte y sano de nuestro Nacionalismo tal y como éste debe expresarse, es decir, en un único partido que reafirme el ser de Asturias y que aglutine a todas las fuerzas sociales, en especial las fuerzas que representan orgánicamente al pueblo trabajador asturiano, como alternativa formidable a los partidos sucursalistas (PSOE, PP, IU) españoles y españolistas, fieles a la consigna centralista de conservar Asturias en su papel de colonia interna del Estado Español, por medio de una Neutralización sistemática de sus propias potencialidades y reivindicaciones específicas de carácter nacional. Sin ánimo de ser exhaustivos, apuntaremos esta lista de errores anti-asturianos de un cierto “asturianismo”. El lector sacará sus propias conclusiones, pero yo prefiero indicar que la “hipótesis de la conspiración” en este terreno no me parece en absoluto descabellada. Es perfectamente creíble que la “paz social” que el Estado de España quiere imponernos en esta su Provincia es de una naturaleza muy semejante a la “pax romana” de los césares. Desde Madrid resulta más que barato, cómodo y sencillo cooptar a indígenas colaboracionistas con el ánimo de liderar aldeanamente pequeñas tribus y contingentes de “animadores sociales y culturales” con el ánimo de encauzar los descontentos del colonizado y sometido hacia terrenos estériles desde el punto de vista combativo. De esa manera se “desaguan” no pocas energías que, de otra manera, bien pudieran haberse sumado y multiplicado sinérgicamente hacia la contestación social y más concretamente hacia la impugnación institucional. Pues no otra cosa es el Nacionalismo político, a mi modesto entender, que la Impugnación Institucional de unas superestructuras impuestas o caducas –tanto da– que impiden el verdadero desarrollo de la base o fermento de la vida nacional. Los supuestos líderes de

un “asturianismo” bien centrado, moderado, “transversal”, “entrista” y demás, bien pudieran estar bloqueando *hic et nunc* un sentimiento nacional rebelde que, algún día bien podría estallar de otra manera y a ellos reventarles en la cara. La “pax romana” que ellos predicán –deberíamos decirlo todos a gritos- es una paz que no queremos: la paz de los imperialistas, es decir, de aquellos que te ofrecen falsas alternativas. Alternativas que son intrínsecamente violentas, pues te hacen escoger entre unas condiciones emanadas desde el Poder, o morir bajo sus zarpas.

11. *Las trampas o errores de un cierto “asturianismo”*. Vamos a la lista de “errores” asturianistas inducidos desde Madrid:

11.1. Error primero: algunos “asturianistas” creen que *La Cuestión Nacional Asturiana es, única o principalmente una cuestión lingüística*. En numerosos ensayos he puesto el énfasis en otros elementos que conforman nuestro ser como asturianos, tan importantes como el del idioma. P.e. la Casería, como núcleo o mónada de vida autosuficiente, donde era menester producir de todo para que no faltase de nada, y también como unidad familiar y tecnoeconómica a partir de la cual poblar el territorio y constituir unidades sociales (protosocialistas) de convivencia como la parroquia, el lugar, la aldea, el *conceyu*... y a partir de ahí la Xunta Xeneral como Hermandad de todos esos *conceyos*. El propio paisaje natural de Asturias es una consecuencia directa de nuestra estructura antropológica (la “esencia” de una Nación) y su destrucción no es solamente un crimen ecológico que afectará a la salud de este trozo del planeta, o un delito que mermará nuestra calidad de vida como ciudadanos, o un atentado estético que hará cambiar para siempre la hermosura (que los nacionalistas consideramos incomparable) de nuestro país... Es mucho más que todo eso. El gobierno central español, con el beneplácito y solicitud de sus eficaces servidores del “Principado” está llenando el país de autovías innecesarias, “Muselones” faraónicos, y grandes proyectos urbanísticos en el Centro y en la Costa, para destruir definitivamente nuestra personalidad como Nación. A los “luchadores” en pro de la tan querida Oficialidad un mensaje bien claro quisiera darles, desde mi personal punto de vista: todo mi aliento. Su objetivo es el mío, pero que sepan que una Asturias absolutamente destrozada desde el punto de vista de su personalidad étnica, circunscrita al engendro de La Ciudad Ástur, rodeada de parques temáticos, forestales, golfísticos y demás áreas de veraneo es una Asturias muerta y enterrada. Y es una Nación muerta y vencida para siempre por más que, a cambio, como compensación, se enarbole la bandera de una cooficialidad de una lengua que ya nada va a tener que decir al mundo. Pues una lengua propia de una nación ya muerta o herida en el alma será una lengua *zombie*, la lengua de un no-ser. Existirá por fin en las leyes y decretos, en los repartos de dinero público y en las instituciones. Pero no tendrá hablantes nacionales. Todos serán españoles y *nada más* que eso, españoles.

11. 2. Error segundo: ese asturianismo dice que *en el territorio que corresponde a la actual Comunidad Autónoma de Asturias se hablan de forma nativa y tradicional otras lenguas que deberían ser oficiales*, a parte del asturiano y el español/castellano. Este es un error político y estratégico que hace muchísimo daño al progreso del Nacionalismo. Divide a todos los defensores del asturiano como lengua nacional y cooficial. Desde luego, la “pax romana” que quiere imponer España a través de sus agentes colonizadores exige la aplicación del “divide y vencerás”. La persistencia del movimiento de reivindicación asturiana, desde su origen en 1974 fue ganando apoyos sociales inesperados, y fue visto como una “cabezonería” desde los sectores más españolistas y/o centralistas. Para contrarrestar esto, hace una década se inventó el

concepto político (de política-lingüística) del gallego-asturiano, y se le asignó una franja lindante con Galicia (la Mesopotamia nueva del Eo-Navia) como si tuviera una personalidad lingüística totalmente diferente a la del asturiano. Con independencia de que la “fala” se llame de la manera que se quiera, a la vista de los colmillos y zarpas que algunos han asomado desde el nacionalismo gallego con respecto a sus anhelos de una “Galicia Exterior” no puede por menos de reconocerse que el término de “gallego-asturiano” ha sido desafortunado en materia de política lingüística. Mucho mejor habría sido calificar la fala de “asturiano de transición (al gallego)” para dejar sentada en las conciencias, y más en las conciencias galleguistas, que esa lengua es “asturiana” cien por cien, no ya solo por que su *locus* es un territorio asturiano, así como lo son sus hablantes y la identidad de los mismos (en términos *emic* y *etic* a la vez) sino porque constituye un sistema que, si particular y diferenciado hasta el punto en que se quiera, no deja de pertenecer al dominio lingüístico asturiano. Quizás el prurito académico ha sido ingenuo con respecto a las decisiones de política de lenguas. Pero es la política la que al final se impone y se aprovecha de una denominación ingenua o desafortunada. El respeto, la enseñanza y promoción de la “fala” del Eo-Navia, incluso cuando se la considera como un sistema lingüístico autónomo aunque bien vinculado al dominio de la Lengua Asturiana debería hacerse desde la innegociable exigencia de Oficialidad para la Lengua Asturiana, verdadera lengua de los asturianos, cuya supervivencia y promoción es condición *sine qua non* para la de la *fala* así como para las variedades occidental, central y oriental del asturiano. La reciente reclamación de una triple oficialidad es extraña a la clásica reclamación de oficialidad del asturiano, y sólo puede entenderse como una nueva versión de los ya viejos intentos disgregadores del asturiano, como los propugnados por “los Amigos de los Bables”. Durante años, personas bien instaladas en sus cátedras durante el franquismo negaban la unidad de la lengua asturiana, haciendo de cada variedad dialectal un sistema aparte. Con ello, se negaba la existencia de una lengua nacional para un único país realmente existente y homogéneo como Asturias, al tiempo que se pretendía reforzar la falsa idea de que el castellano era la única lengua capaz de dar unidad y comprensión recíproca a tal mosaico de “hablas” dispersas. Nótese que esta tesis es muy pareja a la de ciertos historiadores (p.e. Luis Suárez Fernández) que, desde la Real Academia de la Historia, sostienen la bien discutible tesis según la cual si no hubiera sido por el empeño de los reyes castellanos desde 1388 al crear el Principado, a imitación del Delfinado francés o el Principado de Gales para la monarquía francesa, la unidad del país ástur se hubiera perdido irremisiblemente, disuelto en señoríos nobiliarios. En el colmo de la negación de toda estructura identitaria del país asturiano, Suárez dice que han tenido que venir de fuera, los castellanos con sus leyes, ejércitos y lengua, unos extranjeros los que tuvieran que venir aquí en el umbral de la Edad Moderna a poner entre nosotros no ya un poco de orden, sino homogeneidad. Y en ese proceso de negación identitaria de Asturias se sigue defendiendo desde ciertas tribunas –españolistas y “asturianistas”- que el Occidente “es casi gallego” o que los *conceyos* del Oriente “son casi cántabros” y castellano-hablantes (en un dialecto “montañés” al que se le niega, además, su matriz o componentes de raíz asturiana). Con el mismo desparpajo con que algunos pretender quitar a Asturias determinados trocitos para comérselos en una merienda salvaje, bien se les podría responder a tantos negadores de la unidad y homogeneidad del *ethnos* ástur, que Asturias rebasa –en un sentido panasturianista- los actuales límites administrativos en provincias como Lugo, León, Santander... Sin embargo, el panasturianismo ahora no es prioritario en el Nacionalismo político en vista de que todavía hoy estamos en la fase de “salvar la casa” ante el incendio provocado por los enemigos de la Nación. Yo soy de los que consideran que a la defensa de la Nación va unida la defensa de una idea clara

de territorialidad que, por cierto, no coincide exactamente con el “dominio histórico” de la lengua asturiana. Sin embargo son tantas las urgencias que se deben atender primero dentro de los límites de la actual Comunidad Autónoma, que este asunto está siendo aplazado sin remedio. Téngase en cuenta, para reforzar la idea, que todavía hoy existen plumas en los periódicos y tribunas en la Universidad o en la Política que le niegan – contra toda evidencia y razón- la condición de lengua al asturiano, o la subordinan al castellano haciendo gala de insoportable racismo lingüístico.

Por otro lado, se difunden todavía numerosas opiniones antropológicas o etnográficas que disuelven la personalidad de la nación ástur en una difusa entidad “Cantábrica” o en la amalgama de los “Pueblos del Norte de España”. Esta presunta amalgama étnica suele ser creada artificialmente desde una óptica meridional, aunque algunos nativos de Asturias han interiorizado demasiado bien. Que las personas poco instruidas y menos viajadas del centro y sur de la península tiendan a identificar a asturianos con gallegos (y en menor medida con montañeses y vascos), como tengo comprobado de forma personal, difícilmente tenga pase. Pero que personas que ocupan puestos académicos se dediquen a tales amalgamas, es algo desconcertante.

11.3. Error tercero: ese asturianismo dice que *hay que separar la reivindicación lingüística de la reivindicación (lucha) nacionalista*. En la última década ha florecido una postura dentro del “asturianismo” que se ha dado en llamar “Entrismo”. La crítica a tal postura ya puede considerarse esbozada a la luz de lo que he aportado en las críticas a los errores primero y segundo. Lo que me gustaría saber es qué necesidad habría hoy de practicar un determinado Entrismo en cuestiones de reivindicación lingüística si se supone que vivimos en una Democracia, meramente formal y burguesa, pero Democracia al fin y al cabo. Entrismo hubo de practicarse cuando el franquismo no permitía una sindicación libre de los trabajadores al margen del Sindicato Vertical, y por esa misma razón formal los militantes comunistas y los sindicalistas de izquierda usaron el único espacio institucional posible introduciéndose en él y operando desde él. Que lo mismo tenga que hacerse hoy en día, practicar un Entrismo con respecto a la defensa de un derecho humano fundamental y a un derecho Constitucional reconocido para todas las Comunidades autónomas que tengan lengua propia –como es el caso de la nuestra- es algo que clama al cielo. ¿Cómo puede alguien defender seriamente, con lo que ha llovido, que desde dentro del PSOE, el PP e IU, se puede “trabajar” en pro del asturiano? ¿Hay rinconcitos en tales formaciones para los aún llamados “bablistas”? Si los hay, muy pequeños, como conejeras. Y la suerte de la liebre que corre tanto como para hacer verdadera carrera política “entre los grandes” no va a ser otra que la de convertirse en un animalito domesticado. Sueñan los bablistas entristas con ser los conejitos domesticados por la ley de la zanahoria, dado que es muy duro seguir recibiendo palos. Luchar por el asturiano en esta Comunidad Pre-democrática quizá no sirve sino para llevar palos, hasta la fecha, y eso hace que algunos, muy melosos y con grandes aspavientos de “Españolidad” pidan su nicho entre los “grandes”. La única explicación sociopolítica para una propuesta Entrista estriba en que se ha realizado un diagnóstico oportunista por parte de ciertos académicos, activistas, editores, escritores, etc. , según el cual para alcanzar *una mayor proyección personal suya, egoístamente suya* –y no una proyección del idioma, que es lo que ellos dicen buscar- hay que dedicarse a mendigar conejeras donde roer la zanahoria, venga esta de socialistas venga esta de populares. ¿Qué ahora hay defensores del asturiano en las filas de los tres grandes partidos españoles? Me alegraría mucho de saber que hay dos o tres en cada

uno de esos partidos. Es cierto lo que éstos tantas veces repiten: que un idioma no es propiedad de nadie. Ahora bien, me gustaría aclarar qué género de “defensa” es la que esta gente predica. Hay defensores que más bien se parecen al Caballo de Troya del mito homérico, que defienden la causa del otro, esto es la represión españolista. Hay guardametas en la historia que son tristemente conocidos por sus goles en propia meta. Mala defensa tiene un idioma que pretende ser defendido en el seno de organizaciones claramente enemigas, represoras y denigradoras de su normalización social y nacional. Por ello, aunque la tentación de hacer juicios de intenciones es muy grande, cualquier lector que me siga y que complementa esta crítica del Entrismo y vincule la estrategia entrista con las tesis de la triple oficialidad, la heterogeneidad interna -étnica y territorial- de Asturias, etc., (errores 1 y 2, en suma) podrá darse cuenta de que se trata de un mismo grupo de personas. Su afán expreso es “salir de la marginalidad”, revestirse de un cariz institucional dentro del actual marco del Autonomismo Español en el que, sin duda, estamos aquí retrasados. Así se explica también muy fácilmente que cuando ellos llaman “marginales” a quienes defendemos el carácter nacionalista de la reivindicación lingüística, como parte de la defensa de nuestra cultura y de nuestro ser nacional, este tipo de personajes no hace otra cosa que *proyectar* (en el sentido psicodinámico del término) su propio “complejo de marginalidad” hacia los demás. Ellos, tan deseosos de no estar “fuera del sistema” e integrarse en su Centro, ven a todo el que no comparte un íntegro proyecto Nacionalista Político (que incluye soberanismo y reclamación de un Derecho a la Autodeterminación) una panda de “marginales”. Proyección psicológica, y nada más. Y muchas ganas de trepar, probablemente.

Dejando, pues, las cosas más claras creo que es momento para reflexionar seriamente sobre el futuro de la Nación Asturiana. Nación ésta que experimenta hoy una inflación de cierta clase filólogos y poetastros [algunos lingüistas y escritores, por suerte, están al margen de esta mascarada y mantienen una gran coherencia cívica] que dicen “defender” algo como un idioma, pero que por otra parte le niegan el pan y la sal a la Nación que étnica e históricamente le corresponde a tal idioma como es la Nación asturiana. Tengo mis serias dudas acerca de si “defender” defienden algo además de su renombre personal o sus propios intereses trepadores, pese a que alguna vez se hayan puesto tras una pancarta. Defender, como pretenden algunos, la lengua asturiana y al mismo tiempo meter las “morcillas” que están metiendo en la arena del debate político, no puede ser ejemplo mayor de colonización españolista por medio de la cooptación de nativos, movilización de cipayos y transformación de un sentir nacionalista importante en la población asturiana en poco más que un movimiento regionalista y folklórico sin articulación política para no molestar a los poderes capitalistas que dirigen sus hilos desde Madrid, con la connivencia lacayuna de Uviéu. Puede que algún día se conquiste una Oficialidad, pero esta victoria será pírrica en la larga y amarga historia de nuestro despertar nacional tras la muerte del dictador Franco. Una Oficialidad esposada por un Español Omnipresente e imperial, y un gallego expandido y neocolonizador. Una Oficialidad sin la autoestima necesaria como para hacer vivo el idioma de veras, reducido éste a una manifestación culturalista de unos pocos administradores de las migajas mendigadas. Ellos, los escritores del asturiano que dicen nunca cuestionar “esta España mía y esta España nuestra”, que te fusilan si pones mal un apóstrofe pero que son incapaces de ir a la raíz de nuestra colonización económica y cultural, ellos serán los que rápidamente busquen los carnés de los partidos que antes “les reprimían” al tiempo que desde sus bien subvencionadas publicaciones defenderán *ad nauseam* la idea de que “el nacionalismo es un provincialismo”, “ya no existen fronteras”, o que “el nacionalismo se cura viajando” y demás mamarrachadas de ese jaez... Ellos, que

defenderán “la indisoluble unidad de España” junto con un poco de “*respetu a les cosiquines d’andar pola Quintana*”, no sirven para (re)crear ni siquiera un regionalismo respetable. Serán la vergüenza máxima del “Entreguismo” en medio de una Nación milenaria que está dando sus últimos gritos de agonía ante una aniquilación perfectamente amañada y a punto de ser perpetrada del todo.

*12. Teoría de la “Cuña” Nacionalista.* Señalar este tipo de errores, intencionados o no, pero cometidos por una apreciable parte del llamado “asturianismo” ha sido un paso imprescindible para desbrozar el camino hacia un verdadero Nacionalismo político. Este último movimiento habría de consistir, dicho de una forma muy general, *en la expresión misma del descontento de una gran parte del pueblo asturiano*. El descontento debería canalizarse y organizarse en un movimiento centralizado en su dirección, pese a albergar en su seno corrientes ideológicas de lo más diverso. El Nacionalismo político en Asturias debería adoptar la forma de un bloque histórico bien estructurado, en el que se distingan dos niveles de actuación: un *primer nivel frontal y de cuña*, que cumpla con la función que en lenguaje militar llamaríamos “ofensiva”, pero que en el lenguaje pacífico de la dialéctica política habría de llamarse “penetrativo”. En efecto, la “cuña” ha de cumplir con la misión decisiva de entrar en aquellos ámbitos sociales en los que apenas se ha escenificado la defensa y reivindicación de la Nación y su Cultura. Hay que hablar de “cuña” o “ariete” en el sentido metafórico por cuanto que, efectivamente, el sistema actualmente hegemónico ha interpuesto gruesas murallas entre una Cultura Oficial, castellanizada, españolista, y una Cultura Popular Asturiana cada vez más muda y maniatada en todas las formas de su expresión y visibilidad. Empezando por los grandes acontecimientos escenificados por el Régimen Impostado actualmente, como los Premios Príncipe de Asturias, las visitas reales y gubernamentales, el día de la Nación, etc., esta cuña debe hacer lo posible por romper barreras y hacer entrar a raudales una simbología propia y alternativa. Hacer ver a la gran masa de la sociedad asturiana así como a la opinión pública de España, que existe con fuerza una Asturias paralela y alternativa a la idílica Asturias Oficial, la pacífica y sumisa región española que los poderes desean ondear por todo el Estado cuando les interesa, esa es una tarea justa y necesaria. Si esta cuña es capaz de romper las murallas del Oficialismo españolista con elegancia, pacífica pero enérgicamente, con la exhibición de símbolos y consignas claros y contestatarios, se podrá ganar en muy poco tiempo la altura moral necesaria para que nuevas fuerzas se sumen a una cuña que poco a poco será capaz de ir rompiendo nuevas barreras cotidianas creadas por el Poder instituido desde España: actos de la Universidad, acontecimientos deportivos, visitas de políticos represores, exhibiciones militaristas, espectáculos taurinos y flamenquistas... Ganando, como digo, en altura moral y visibilidad, el “marcaje” a todos aquellos enemigos de la Nación Asturiana que han ridiculizado u obstaculizado su realidad, su cultura o su lengua, podrá hacerse sistemático, continuado, férreo, eficaz. Y su eficacia estaría asegurada si se hiciese siempre dentro de los límites formales establecidos por la Libertad de Expresión y el Respeto al Honor, pues dentro del respeto de unas reglas legales del juego, se pone al adversario ante la tentación de violarlas. Un Poder Oficial que viola las propias reglas de juego que él mismo ha dictado pierde su legitimación, agota recursos propios y se empantana.

*13. Retaguardia de apoyo social y conquista de la Hegemonía.* La “cuña” existe de forma continuada si hay detrás una retaguardia social que aguarda la oportunidad para respaldar a sus arietes, renovar sus cuadros, apoyar las acciones, hacerse visibles

socialmente, conquistar parapetos, trincheras, fortalezas en la sociedad. En suma, siguiendo aquí con cierta libertad al filósofo marxista Antonio Gramsci, se trata de *conquistar la Hegemonía*. La defensa de Asturias como Nación no puede hacerse solamente con movimientos rápidos y espectaculares de una exigua minoría militante. Ha de incubarse la Hegemonía en una masa cada vez más amplia de la juventud que se haga oír en los centros de enseñanza, en los espectáculos musicales, en las movilizaciones sindicales, ecologistas, vecinales, etc. Ha de crearse Hegemonía por medio de numerosas publicaciones y manifestaciones culturales por medio de las cuales llegue a ser hábito obligado *presentar* a la sociedad toda, y no a un grupito de iniciados, *toda una serie de iniciativas como incardinadas en un proceso revolucionario de Construcción Nacional*. Se dará por descontado que cada una de esas iniciativas tomadas aisladamente no suponen dicha Construcción, si no el ensamblaje concertado y siempre anhelado entre todas ellas. En efecto, la unión de fuerzas nacionalistas empeñadas en una Construcción Nacional tendrá lugar con más facilidad desde abajo, desde la iniciativa concreta en la que se trabaje codo a codo, al margen de todo sectarismo, cainismo o ambición personalista.

14. *La Nación Asturiana objetiva: reivindicación de los Derechos Históricos*. Todo este *desideratum* en Asturias podría conseguirse si hubiese un poco más de generosidad y buena voluntad. En efecto, hay *elementos objetivos en nuestra Nación* para poder situarla a la vanguardia de las naciones sin estado de Europa en proceso de Emancipación. Nuestro retraso se debe, según mi diagnóstico, a una serie de obstáculos subjetivos que han calado hondo en la sociología asturiana. Pero ese mismo diagnóstico incide en que los obstáculos y errores que algunos sectores padecen son por completo *inducidos*. Se han inducido desde fuera y desde arriba. Si ese Poder Oficial persiste en presentar Asturias en el mundo como una “región” marginal, adormecida, despersonalizada, no hay otra alternativa que *crear –desde dentro– un sólido movimiento unitario de signo soberanista, que enlace con nuestra tradición histórica de autogobierno y autogestión para decir “¡ya está bien!”*. Esa tradición existe a nuestras espaldas, y con mucho mayor fundamento historiográfico que la basura covadonguista que aún se filtra por mil canales de la vida nacional. *El hecho objetivo* de haber sido el reino occidental más antiguo de la Península Ibérica, cuando el resto de ella era una mera prolongación de Asia y África. *El hecho objetivo* de haber sido un país autogobernado como un estado casi independiente durante largos siglos (con unas cotas máximas de autogobierno entre los siglos XV y XVIII) pese a la anexión del Antiguo Reino, *manu militari*, a la Corona de Castilla y su reformulación institucional como Principado. Pero hay muchos otros hechos objetivos que respaldan nuestra trayectoria soberana, y que nos equiparan a los países hermanos de Cataluña y Euskal Herria: *el hecho también objetivo* (aunque menospreciado por tratadistas del tipo de F. Tuero Bertrand o Alfonso Menéndez) de que el carácter *soberano* de la Xunta Xeneral se mantuviera formalmente hasta bien entrado el siglo XIX (1835), con un nivel de competencia foral, pase foral y autogestión que en nada desmerece a las Juntas euskaldunas. El hecho de que estas últimas, gracias a una mayor presencia del carlismo, hayan sabido defender mejor y, con las armas, sus ancestrales tradiciones forales, no tiene que servir para que nosotros los asturianos nos olvidemos de nuestra historia y despreciemos nuestra tradición de soberanía y autogestión nacional del modo en que lo estamos haciendo. Asturias nació como estado mucho antes que Castilla y de forma independiente, y sólo pasó a ser territorio de esta corona bajo el uso de la fuerza una vez anexionada la Corona de León, bajo la cual Asturias había conservado plenamente su calidad de país soberano y autogobernado, bajo el precepto medieval según el cual la

acumulación de territorios bajo una misma cabeza coronada no tenía por qué suponer la unificación nacional de estos, y menos su asimilación bajo la férula de una de ellas. En contra de toda legitimidad histórica, el Reino de Castilla pasó a ser Reino de España centralizando por usurpación funciones que no le correspondían y mermando de esa manera la soberanía y la independencia de nuestra Xunta. Que la Xunta, pese a todas las críticas que se le puedan hacer desde la mentalidad actual, no dejó de velar por los intereses de Asturias luchando en contra de las ambiciones imperialistas de Castilla y España, viene atestiguado por dos series de hechos que muchos asturianos desconocen.

a. La Xunta hizo todo cuanto estuvo en su mano para limitar al mínimo el número de mozos asturianos llevados a la fuerza a las levas que el Rey exigía en sus guerras imperialistas, guerras en las que los asturianos no se sintieron nunca implicados. Cuando la milicia era mercenaria, sí que hubo soldados asturianos en abundancia para las empresas del rey castellano, pues ese era un medio de fortuna aceptable para un hidalgo natural de una tierra cuya productividad y reparto de la propiedad obligaba a la emigración. Pero en cuanto se implantaron las levas forzosas, y a los hidalgos asturianos (más del 95 % de la población del país) se les condujo a la fuerza a guerras que no eran suyas, tratándoles el rey del mismo modo que al abundante populacho castellano, hubo motines, insubordinaciones, protestas y la Xunta luchó por reducir los cupos, incluso engañó al Rey castellano creando tercios ficticios o exagerando la pobreza del país, para evitar así el impacto tan negativo que las levas introducían sobre las caserías asturianas, que las dejaban sin juventud, sin fuerza de trabajo. Un hecho que podría calificarse de patriótico (en clave de “patria asturiana”), sin embargo es tratado por los especialistas en la Xunta, arriba mencionados, en clave españolista, como vergüenza de una institución que consideran siempre como corrupta, clasista (nobiliaria) e ineficiente para la “modernización” del Estado, un Estado Español que siguen describiendo como un *telos, como un fin en sí mismo que necesariamente estaba ya prefigurado durante el Antiguo Régimen*.

b. La Xunta cumplió un importante papel protector de nuestra Nación asturiana en el terreno económico. La gestión fiscal de este órgano soberano paleoautonómico se hizo siempre con el fin –patriótico en clave asturiana– de no desangrar el país con los impuestos exigidos desde la Corona. Para ello, se elevaban las quejas ante la voracidad creciente del centralismo castellano, se protestaba y se preparaban informes que ofrecían a la Corte la imagen de un país industrial y autosuficiente que, sin embargo, al ser desangrado con cargas y tributos, caería en la más extrema pobreza. Al menos la Xunta fue amortiguadora de la rapacidad del rey castellano/español. También hay que señalar que, de no ser por la escasez crónica de fondos financieros que padecía la Xunta, ésta era la verdadera gestora de los asuntos comerciales, defensivos, higiénico-sanitarios, morales y de orden público, infraestructuras, etc. Es decir, la Xunta era el verdadero Estado de Asturias, una Asturias ya de por sí tradicionalmente descentralizada a su vez, por cuanto que los conceyos gozaban de la máxima autogestión, e incluso la parroquia y las asambleas vecinales de ámbito inferior al del Conceyu. De ahí la concepción de la Xunta como “Hermanamiento de los Conceyos”, en cuanto que estos eran *verdaderas repúblicas (poleis)* con ordenanzas propias, repúblicas autárquicas y democráticas en esencia. Que la Xunta fuera una especie de super-concejo, y que se dotase de unas super-ordenanzas, quiere decirnos, en contra de la interpretación españolista que han dado Tuero Bertrand o A. Menéndez, que había una clara conciencia nacional y que el propio país asturiano con sus “pequeñas

cortes” (al decir de Xovellanos) era visto como *una federación de repúblicas (conceyos) hermanadas por una historia cultural y política común.*

El mismo Reino Castellano que de Asturias no quería otra cosa que arrancar nuestras riquezas con sus tributos, y regar con nuestra sangre sus crueles ambiciones imperialistas, no aportaba al país nada, que en todo debía ser autogestionado autárquicamente. Por ello, el Nacionalismo político asturiano debe iniciar una lucha, que es al tiempo una Pedagogía Histórico-Política, por recuperar sus Derechos Históricos, levantando en contra de las presuntas legitimidades de la Constitución Española y el Estatuto de Autonomía vigentes, un frente de búsqueda y reencuentro de la verdadera legitimidad de nuestra actual vinculación con el Estado/Reino de España, basado en la crítica sistemática de las vulneraciones unilaterales que éste hizo de los fueros, franquicias y libertades de que gozó Asturias, y que generación tras generación levamos consintiendo.

En suma: la acción política que se necesita para superar el actual estado de colonización que sufre Asturias debe pasar necesariamente por una Pedagogía histórica y política que permita a los asturianos recuperar la correcta visión de su país. La visión de un país soberano. Soberano pese a las largas décadas de olvido inducido desde el centralismo, además de la represión fascista sufrida desde 1934, y con las que se le tiene sometido, oprimido y colonizado. Es preciso conquistar plazas fuertes en el mundo de la cultura, la educación, la vida municipal y social, con el fin de ir concienciando a un número cada vez más amplio de asturianos de que todavía estamos a tiempo para despertar antes de una agonía final. El genocidio planificado desde las instancias centralistas y sucursalizadas se puede frenar por medio de una verdadera educación política e histórica que contrarreste el actual adoctrinamiento. La lengua, nuestros derechos históricos, nuestra capacidad de decidir, y más adelante, nuestra verdadera territorialidad, están al alcance de la mano si somos muchos y nos libramos de montañas y montañas de mentiras.

13. *Por un nacionalismo ecologista.* Una vez cierto crítico me planteaba qué clase de vinculación podría ser la existente entre la ideología nacionalista y otras corrientes predominantes en la izquierda reciente, como por ejemplo el ecologismo. Por lo que respecta al caso asturiano, y sin pretender hablar en nombre de ninguna organización concreta, solo por mí mismo, me parece obvia la conexión, y más aun diría, la íntima unión de ambas luchas en el momento actual. De todos es sabido que tras la destrucción planificada por los españoles, y especialmente, por el partido hegemónico en nuestro país, el PSOE, tanto de nuestro campo como de nuestra industria, el siguiente paso consiste en la destrucción del paisaje y del patrimonio cultural que, aquí en Asturias, está tan vinculado a él. Diversos colectivos ecologistas y vecinales, por ejemplo, llevan años denunciando la invasión de adosados que está sufriendo el país. La vivienda adosada es un tipo de construcción completamente ajena a nuestras tradiciones constructivas, por un lado, y por otro, un cáncer extraño que ofende a la vista y a nuestro sentido del ocio y del paisaje tanto en los ambientes rurales como suburbanos. La arquitectura tradicional asturiana es lo suficientemente rica y variada, y lleva siglos adaptada a un entorno natural como el nuestro, como para arrinconarla en favor de una tipología fea y extraña. Las viviendas de moderna construcción, especialmente en esos ambientes rurales y periurbanos, se podrían adaptar perfectamente a las tipologías tradicionales sin la menor pérdida de calidad de vida para el usuario, antes al contrario. La estética de la urbanización de adosados podrá haber calado en otras regiones del

estado que ya habían perdido para siempre sus tradiciones y valores, pero en un país como el nuestro, en que se han conservado tan fuertes hasta hoy, permitiría ahora equivaldría a una especie de suicidio cultural.

Y es que en una cultura nacional, además de la lengua, quizá el elemento más creativo y versátil a la hora de “vivificar” el modo de ser específico de un pueblo, hay otros muchos “lenguajes” que nos dicen mensajes fundamentales acerca de quiénes fuimos y quiénes deseamos seguir siendo. En un país como el nuestro, que durante milenios fuimos esencialmente “aldea”, nuestras tipologías constructivas y nuestras pautas de asentamiento sobre un territorio tan irregular y complejo, son uno de esos lenguajes fundamentales. Los promotores y constructores que nos invaden con adosados y urbanizaciones morfológicamente foráneas nos están robando nuestro patrimonio. Así de evidente y sencillo. Tan grave como robarle a un pueblo su lengua, que lo es porque equivale a robarle su espíritu, me parece a mí robarle su estilo tradicional de vivienda.

Además, el lenguaje de las tipologías constructivas está vinculado de forma orgánica a un paisaje. La casa es un todo con su entorno. Y además aquí hemos de añadir emblemáticos edificios asturianos como el hórreo, que forman parte indisoluble del paisaje natural sin constituir (salvo accidentalmente) una vivienda. Contra lo que mucha gente sigue pensando, un paisaje no solo viene dado por una naturaleza puramente objetiva, impuesta por un régimen de lluvias, una altitud y latitud, una distancia determinada al mar, etc. Viene dada por las pautas históricas de relación del hombre con la naturaleza (agrícola, ganadera, forestal, etc.). Que desde un nacionalismo de izquierda yo defienda que la casería asturiana no es ninguna antigualla, propia de modos productivos caducos, rebasados para siempre, es algo que ahora me gustaría recordar. Que la casería debe entenderse como una institución, y no una mera unidad de producción-consumo-habitación es una idea fundamental tanto para nacionalistas como para ecologistas, movimientos de la izquierda, ambos, cuya meta debe ser proteger, conservar. Como unidad productiva y de consumo, homologable a la pequeña empresa, la casería parecerá esa antigualla que en una economía de mercado habrá que superar, conservándose nada más que las granjas grandes y “eficientes”. Pero como modo ético de vida, que proporciona un compromiso tanto con la tradición como con un futuro ecológicamente más sostenible, y por ende, basado en una mayor autosuficiencia y en una menor “globalización” de los ciclos producción-consumo, la defensa de una vuelta a la casería, modernizándola en los aspectos que fueran menester, supone un proyecto revolucionario. Mas no es esto lo que nos ofrece la iniciativa privada y la planificación autonómica y municipal en lo que hace a la relación vivienda-territorio. Lo que vemos nada más es un tratamiento “cosificado” de la tierra, y una separación entre el habitante y los territorios ocupados. Asturias es, para la administración y los constructores, apenas, un territorio donde ir colocando casas y urbanizaciones. La tierra es, como pasa en el resto del estado, una mercancía más pero sometida a tejemanajes muy especiales por parte de funcionarios y políticos, y simplemente es tratada como una plataforma sobre la que poder edificar. La tala de árboles, la alteración de la orografía natural de las comarcas, la nivelación de montañas, la cercanía a costas, y una obsesión desmesurada por “estar bien comunicados” por carretera, van a sepultar por lo menos mil años de relación histórica entre el asturiano y su entorno.

¿Que si hay *marbellización* de Asturias? Responder cuantitativamente a esta cuestión, ofreciendo estadísticas en las que se demuestre que en nuestro país no se están dando los excesos horribles del sur, acaso no signifique otra cosa que caer en el autoengaño.

Quizá lo decisivo sea plantearse si de veras hemos caído por la pendiente de la alienación cultural, en la que ya hace décadas cayeron otros pueblos, especialmente del sur y del mediterráneo. La alienación cultural consiste en haber malvendido y olvidado todo un riquísimo patrimonio, perderlo de manera irreversible, y cuando llega el momento, tratar de hacerse con otro, impostado y ridículo. Eso es lo que hacen los pueblos a los que ya no les queda nada, ni siquiera la dignidad. La situación general del estado español en estos órdenes me recuerda mucho a la de ese pequeño pueblecito de la película *Bienvenido Mr. Marshall*. Ante la posibilidad de que vinieran “los americanos”, supuestamente cargados de dólares, era conveniente disfrazarse de andaluces flamencos y decir “ozú”, aun siéndoles un hábito ajeno del todo a aquellos castellanos profundos. Al final, los dólares y la comitiva yanqui pasaron de largo, pero el pueblecito vivió un carnaval, una verdadera *alienación* que ya venía de atrás, de su propia mentalidad *extrañada*.

Los asturianos estamos alienados, creyendo todavía en un Mr. Marshall. Nos vistamos de flamencos o pongamos la montera picona para atender a turistas en hoteles y bares, el hecho es que, además del idioma, es el paisaje nacional el que estamos perdiendo. Y ello es un tesoro tan importante como el de la lengua, el modo de ser, las costumbres y los saberes tradicionales. Los campos de golf y la epidemia de las segundas residencias (de uso, propiedad y disfrute de personas mayoritariamente foráneas) constituyen un crimen ecológico se mire por donde se mire, sobre todo al sobrepasar ciertas cifras-límite de sostenibilidad (gasto de agua, energía, gasto social). La construcción de infraestructuras y viviendas debería hacerse siempre bajo el pensamiento de los nativos que se van a beneficiar localmente de ellas, sus usuarios naturales para todo el año. Con la vivienda está sucediendo exactamente lo mismo que con los sectores de la energía y el agua. Se planifica en el ámbito del estado, no a escala autonómica, sino con vistas a aumentar la *interdependencia* regional. Se divide así la productividad energética e hídrica, entre regiones donantes (excedentes) y regiones receptoras (dependientes). Con ello, la instancia centralista (Madrid, España) se justificará todavía para las décadas -y quien sabe si para los siglos- que están por venir. Pues ese mismo estado centralista ha impedido por todos los medios que las diversas comunidades autónomas sean verdaderamente autosuficientes en agua, energía y demás aspectos básicos, en la medida de lo posible. Por ello predicán “solidaridad” en Madrid y en las regiones “dependientes”. ¿Sabemos para qué? Para que materialmente resulte imposible algún día “descolgarse” del tinglado español y mandar a los burócratas madrileños y a las corporaciones que giran en torno a ellos a paseo. ¿Que España está “invertibrada”? como dijo Ortega, pues cosámosla a la fuerza, con gruesos trozos de hilos de interdependencia. Asturias es excedentaria en energía, y aun así debe asumir altísimos costes de contaminación y en paisajismo con el fin de nutrir a otras comunidades. A cambio Madrid nos seguirá abriendo su cepillo de limosnas... ¿Cuándo mandaremos a paseo a estas Hermanitas de la Caridad que tan cogidos nos tienen por ciertas partes?

14. *Asturies: una Nación Socialista y Ecológica frente al Capital*. El Capital no soporta, en la fase en que estamos, ningún tipo de atomización. Hoy sólo puede acumularse por medio de la concentración y la centralización más intensas. La simple idea de construir naciones pequeñas, habitables, con calidad de vida repartida por igual entre sus ciudadanos y territorios, bajo criterios socialistas, supone un peligro insostenible para los detentadores del poder económico. Una idea corrosiva, que podría expandirse con el ejemplo y hacer peligrar los objetivos imperialistas de las grandes transnacionales.

El Capital exige, a través de toda una red jerárquica de títeres de la política y de la burocracia, la creación de grandes espacios estatales homogéneos desde los puntos de vista fiscal, jurídico, laboral, etc. En ellos, los vaivenes de liderazgo y los contactos personales para ejercer su dictadura indirecta son mucho más predecibles y controlables. Un territorio homogéneo bajo un régimen más o menos centralista puede ser sometido bajo control fácilmente, y también es más predecible en todo cuanto se refiere a las preferencias que el Capital tiene respecto de la inversión, especialización productiva, reclutamiento de obreros, jerarquización de territorios, y demás.

Dentro de un estado de tamaño grande o mediano, la subordinación del campo a la ciudad es susceptible de ser más aguda. Una capital, junto con su sistema satélite de capitales provinciales, controla un espacio rural alrededor fuertemente discriminado en cuanto a niveles de vida, calidad de los servicios, igualdad de oportunidades, etc. El agro pasa a convertirse, bajo tal modelo centralista, en la Cenicienta del Capitalismo. El agro subordinado sustenta todavía a un considerable sector poblacional con ansias de escapar cuanto antes a la Capital o a la concentración urbana más próxima. Por otro lado, lejos de verse como el depositario de una vida más tradicional –en el sentido sano y positivo de la palabra- sigue viéndose el agro como el sumidero de lo viejo, lo caduco, y lastrado. Una rémora, en definitiva, para la nueva visión de la Civilización, el Progreso y la Modernidad, tal y como el Capitalismo tardío de nuestros días exige de una forma dictatorial.

Si un día Asturias alcanzara unas mayores cotas de autogobierno, sea cual fuere su modelo de asociación con los restantes pueblos del Estado Español, es evidente que las actuales tendencias concentradoras y urbanizadoras se podrían atenuar. En la actual Asturias colonizada por España y por el Capital, la desvertebración de su territorio obedece a una dinámica monstruosa, cuya única razón de ser consiste en satisfacer las demandas de un Capital mundial que cuenta con la nación tan sólo parcialmente, y haciendo uso de los territorios, instalaciones, mano de obra y servicios que le interesan, para lo cual debe contar nada más que con unas determinadas “articulaciones” con los capitales indígenas, mayormente amontonados en el área central del país. Si en lugar de planificar el territorio con el fin de hacer en esa área central un gran embudo-atractor de capitales nuestros gobernantes autonómicos planificaran pensando en Asturias como una nación en sentido global, es decir, una formación social cohesionada de la que debían generarse los pertinentes capitales autóctonos repartidos más homogéneamente por toda su geografía, las cosas pintarían de manera muy diferente. Pero no parece que sea esta la mentalidad extendida entre quienes poseen aquí un mínimo de poder decisorio o de influencia política.

La ciudadanía de un país independiente, o con un grado mayor de autonomía, y más si su extensión relativa no es muy grande, sabría que en nuestros días no es posible ya una autarquía absoluta, si algún día esta existió. Como aproximación a ese ideal tan sólo tenemos la idea rectora de una diversificación productiva recursiva. Esto significa que Asturias podría producir bienes del más diverso tipo y en cada uno de sus niveles (nación, conceyu, casería) y mantenerse siempre en un estado experimental constante de cara a conocer en cada momento qué bienes puede producir mejor y con mayor conveniencia para autoabastecerse, para recuperar su equilibrio ecológico y mantenerlo, para intercambiar provechosamente con otras comunidades, etc. El modelo socialista de producción superdiversificada y experimental permitiría repoblar extensas áreas actualmente desiertas y abandonadas a su destino (las “alas”, las “cuencas”, etc.). Cada

una de sus cabezas de Conceyu podrían recuperar los niveles de población perdidos y, desde ahí, dados los hábitos ancestrales asturianos de ocupación dispersa –pero orgánica- del territorio, ir densificando esos conceyos ahora desiertos. Muchos asturianos aún no han abandonado la errónea idea de que es más ventajoso emigrar hacia las ciudades, en gran parte porque observan que los servicios que serían de justicia disfrutar no les llegan, y sólo se alcanzan en las grandes urbes. En parte, siguen deseando escapar del campo porque los poderes públicos, especialmente los regionales, sólo entienden por “motores” de la economía aquellos sectores capitalistas que engranan con capitales y mercados foráneos y a los que hay menester de mimar con subvenciones, dotaciones y demás “atractivos” como los que se están ofreciendo en el área central, en la famosa y estúpida Ciudad Astur que ellos proyectan. Un engendro anti-asturiano, pensado con la ramplona mentalidad de convertir al país, de por vida, en colonia subsidiaria del imperio del Capital. Con ello, nuestros gobernantes detraen recursos que serían sumamente preciosos para el relanzamiento de nuestra tradicional Casería. Un relanzamiento que habría de pasar por su modernización tecnológica, zootécnica y agronómica. Que supondría, además, una apuesta fuerte por los cultivos ecológicos y la comercialización de productos garantizados no sólo desde el punto de vista de la higiene, la calidad, el sabor, etc., de cara a su consumidor final, sino también y principalmente de cara a su productor, como trabajador comprometido con su país, con su medio ambiente y con su modo de vida autosuficiente y digno. Recursos que este “Principado” despilfarrador y con vocación faraónica debería inyectar en todo ese enjambre de producción agropecuaria, pesquera, artesanal, y además, en los pequeños negocios nuevos, las industrias en ámbitos “blandos”, esto es, no agresivos con el medio y fuertemente comprometidos con la fijación de la población nativa a su entorno natural y étnico, evitando así las lacras de la emigración, tanto interna como externa.

Pero, no nos engañemos. Este “Principado”, carente de visión “nacional” y muy solícito a obedecer sin imaginación ninguna los dictados del Capital español, europeo y mundial, es el agente perfecto de la Globalización, que en el Estado Español pasa por la división internacional del trabajo y la jerarquización de territorios. No puede haber igualdad real de ciudadanos si no hay igualdad territorial. Esto es, que en cada unidad nacional o regional haya –en la medida en que lo dado a nivel geofísico y climático lo permita- de todo para todos, la autarquía diversificada como ideal. Por ello, una nación independiente de tamaño pequeño es más susceptible de desenvolverse desde dentro, de enriquecerse por sí misma, sin someterse a los dictados externos del Capital. Justamente se defiende aquí una tesis que es, a un tiempo, soberanista y ecologista, en contra del marxismo “jacobino” (ya sea estalinista, ya internacionalista en un sentido erróneamente entendido): la tesis tan manida de que el Capital mundial prefiere trocear unidades pequeñas para gobernarlas mejor y someterlas fácilmente. Esta última idea es mentira podrida. Una unidad soberana, pequeña, sí, pero “matona”, puede ser –bajo criterios planificadores socialistas- una traba más en la rueda del capitalismo globalizador (vale decir, depredador) y una oportunidad para demostrar que nuestro proyecto nacional es viable.